



AÑO III.

Madrid, 16 de Octubre de 1878.

NÚM. 22.

DIRECTOR:
EL CONDE DE LAS CINCO TORRES.

REDACCION:
calle del Sordo, 29, tercero.

PRECIOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL.

Año.....	20 pesetas.
Seis meses.....	11 »
Tres.....	6 »

EN EL EXTRANJERO.

Año.....	25 francos.
Seis meses.....	14 »
Tres.....	8 »

EN AMÉRICA, PAGO EN ORO.

Año.....	8 pesos fuertes.
Seis meses.....	4,50 »
Tres.....	2,50 »

ADMINISTRACION:

VILLANUEVA, 6, MADRID,

á donde se dirigirán los pedidos
de suscripciones.

SUMARIO.

Observaciones prácticas de agricultura, por D. Joaquín Costa.—Observaciones sobre la inmensa utilidad del aprovechamiento de las aguas, por E. Page.—Gabriela, novela, por Doña Teresa Arroniz y Bosch.—Una expedición á Dave, por D. José Luis Alvareda.—La novela del Colmenar, por J. Ortega Munilla.—La phylloxera vastatrix, por D. Pedro Fernández Soba.—Melones franceses, por D. Estanislao Malinque.—Ecos de París, por Nedoo.—Carreras de caballos en Sevilla.—Noticias generales.—Noticias de la sociedad, por La Kasab.—Tiro de pichon de Madrid, por Ave-lin.—Mercado de Madrid.—Cuadrado de palabras.—Anuncios.

OBSERVACIONES PRÁCTICAS DE AGRICULTURA.

(Continuacion.)

Multitud de observaciones hechas durante la citada excursion por el Pirineo me han convencido de esa doble influencia ejercida por los montes en el curso y accion de los meteoros y en la constitucion del Refranero meteorológico, eco ésta de aquélla en el orden del pensamiento. Al recibir de la tradicion oral los adagios populares de índole local, he oido con mucha frecuencia frases al tenor de éstas: «El clima no es ya el mismo que antes: las señales del tiempo son muy otras: ya no sabemos preverlo: este refran, que antes nunca salia fallido, nos engaña ahora muy á menudo: las nubes no *agarran*: el bochorro fresco ya no trae agua: el cierzo, que antes fijaba los nublados, ahora los disipa: la lluvia de tal refran se ha convertido en granizo: los puertos *se escaldan* más frecuentemente que antes: en otro tiempo, cuando las nubes se arrastraban por tal montaña ó coronaban tal eminencia, luego al punto llovía: cuando brillaban en seco los relámpagos hacia tal cuadrante, presagiaban agua en abundancia dentro del tercer dia; mas ahora ya no sucede así: estamos desorientados y perdidos», etc., etc. Véase cómo el hacha desamortizadora no ha causado únicamente sus estragos en las seculares selvas que vestian y decoraban este laberinto de montañas del Alto Aragon, sino tambien en los floridos pensiles del Parnaso popular.

Hé aquí ahora algunos de esos refranes, muertos al par del arbolado, ó declarados cesantes en su mayor parte por obra de la desamortizacion, y que no han tenido sucesores hasta el presente en los dominios de la meteorología popular:

Aire de Pina, llena la vadina. (*Huesca*.)

Aire de Guara, agua á la cara. (*Benavente*.)

Aire de Monzon, agua en Aragon. (*Ainsa*.)
Aire de Basibé, plucha al derré. (*Benasque*.)
Cuan se sienten las campanas de Cerllé, plucha al derré. (*Id.*)

Aire de Pallás, agua detrás. (*Tolva*.)
Aire Morellano, ni paja ni grano. (*Id.*)
Boira en San Nicolás, agua detrás. (*Almudébar*.)
Nubes en Turbon, agua en Aragon. (*Ribagorza*.)
Si la boira se arrastra entre diez y once por las faldas de Turbon, agua en Aragon.

Si la boira s'arrastra por Redén, l'aigua no 'stá guaire lluen. (*Santaliestra*.)

Si se arrastra en seco la boira por la sierra de Panillo, véndete los bueyes y cómprate trigo. (*Benavente*.)

Gratal con gorro, agua hasta el morro. Gratal con montera, agua en la ribera. (*Huesca*.)

Boiras en la Esplug de Toledo, sígueles agua presto. (*La Fueba*.)

Relámpagos hacia San Pedro, lluvia lo primero. (*Graus*.)

Cuando veas las nubes en la montaña de Sasa, coge el capoton y vétenle á casa. (*Ribera alta del Cinca*.)

Ventana hacia Monzon y barra en la Portiella, agua en la ribera. (*Ainsa*.)

Oscuro ta la Gorgocha y ventana enta Monzon, agua en Aragon. (*Hoya de Huesca*.)

Cerradò hacia Moncayo, abierto hacia Monzon, agua en Aragon. (*Bolea*.)

Tancat á Guara y ventana á Balagué, dona palla als bous y ficate al pallé. (*Benabarre*.)

Cuando Moncayo se acerca, el agua se aleja. (*Huesca*.)

¿Qué cosa es gloria? ver Aguatuerta sin boira. ¿Qué cosa es dolor? ver venir la boira por el Chorró. (*Aínsó*.)

Aire de port, als tres dias mort. (*Benasque*.)

Boira en Monlora, aire á la coda. (*Almudébar*.)

Aire de port antes de San Miquel, lo pagés torna á mirá al cel. (*Ribagorza alta*.)

El cierzo y la contribucion, tienen perdido á Aragon.

Si no fuese por Guara y por Turbon, no habria reino más rico que seria el de Aragon.

Cuando mana Valldecan, véndete los bueyes y cómprate pan, para cuando no mane Valldecan. (*Sicóamo*.)

Mientras que en Monséc se veu neu la que pot portá una golondrina, l' aragonés no pode la viña. (*Benabarre*.)

Nadal sin lluna, de cien güellas en torna una. (*Ribagorza baja*.)

La tronada que se funda allá en derecho de la Fueba, luego pasa pe la vall (*de Lierp*) y viene á Torre la Ribera: cuan baixa á San Valeri, ya mos chita por en terra.

Cuando Guara lleva capa y Moncayo capuchon, buen año para Castilla y mejor para Aragon.

b) Influencia del arbolado en la temperatura.

Si los bosques obran á modo de mares interiores, elevando la temperatura media de un país, ó cuando ménos, regularizándola y aproximando las extremas máxima y mínima, la despoblacion de los montes situados en la zona fronteriza de cada dos regiones agrícolas (region de la viña, del olivo, de la cañamiel, etc.), debe ir seguida de la desaparicion de ciertos cultivos que hasta allí habian sido posibles, merced al abrigo que los árboles les prestaban ó al calor que irradiaba de ellos. ¿Confirma la experiencia este corolario de la teoría física sobre el arbolado? La region de la viña en la vertiente meridional del Pirineo es una region de transicion, y se divide en zonas y subzonas, fáciles de observar siguiendo el curso de un rio cualquiera entre dos cadenas de montañas coordinadas á la divisoria pirenaica. Así, por ejemplo, en la confluencia del Cinca con el Esera, Estada y Costean cosechan vino de gran fuerza alcohólica: más arriba, la Puebla de Castro desmerece en muy notable proporcion; en la confluencia del Esera é Isábena, las viñas de Graus producen un mosto asemejado al del Medoc en grados gleucométricos; tomando la direccion del Isábena, el vino de la Puebla de Roda y Serraduy es una *vinada* noble, análoga á la bebida que preparan en el Somontano, vertiendo agua en el orujo y mezclándole vino de prensa: de Serraduy arriba, en Raluy y Villacarli, se ven en las laderas algunas líneas de cepas mal cuidadas, que producen frutos para comer; más lejos, en Ballabriga, extiende sus brazos por la fachada meridional de una casa, una parra no muy corpulenta, cuyos racimos adquieren suficiente color para excitar el goloso apetito de los muchachos: en pasando de allí, ya no se encuentra rastro de vides en ningun lado: se ha penetrado de lleno en la region de los prados. Ahora bien: ¿existe en el Pirineo una zona extrema, donde en otro tiempo se haya cultivado la viña y no sea po-

sible cultivarla ahora, por oponerse su actual clima, según es obligado por los términos de la conclusión teórica arriba enunciada?

A juzgar por los datos que he podido allegar, esa retrogradación de la vid es un hecho real, y no será difícil en su día determinar los límites de aquella zona deshabitada por ella, por haber quedado reliquias del antiguo cultivo en agracejos y lagares, y vivos testimonios en la toponimia. Ya en mi *Agricultura espectral y popular* cité un hecho práctico de que tenía noticia en la provincia de Lérida, finitima de la de Huesca: refiérome al fértil y risueño valle de Cardós, antiguo marquesado de Pallás. Hállase situado á pocas leguas de Francia, entre dos de esas estribaciones que, como gigantescas costillas de un jabalí gigante, arrancan de la cordillera pirenaica y dividen en cuencas el Alta Cataluña. Allí se cultivó la viña en otro tiempo: allí, en el pueblo más céntrico del valle, Lladrés, se llama todavía *El Viñé* una partida ó pago; allí quedan, como mudos testigos de la antigua industria vinícola, algunas cepas silvestres en el campo y ámplios lagares en las casas. En el punto donde se cierra y acaba el valle, aguas abajo, en Ribera de Cardós, maduran todavía los racimos en las parras de los huertos resguardados del viento Norte y bañadas todo el día por el sol. Pues bien: de ese valle se ha retirado la viña nueve leguas al Mediodía, y su retroceso cuenta ya alguna antigüedad, acaso de un siglo, porque también es antigua allí la tala de los montes. En Llesp y Pont de Suert se encuentran igualmente partidas denominadas *Las Viñas*, y parras en las casas. En Senet, contérmino ya del Alto Aragón, existe también una suerte de tierra denominada *Las Viñazas*: es una solana resguardada del cierzo por una eminencia: cuando la sombra de enfrente (*paco* ó *obaga*, como se dice en Aragón) estaba arbolada, con la emisión de su calórico la protegía contra los perniciosos efectos de la radiación celeste; pero desde que la han desnudado los descuajes, obra á la manera de un espejo cóncavo en cuyo foco se colocase un pedazo de hielo: en vez de elevar la temperatura de la solana, por el principio del equilibrio móvil del calórico, la aminora; en vez de moderar los cambios, los hace más bruscos y dañinos. La viña ha desaparecido: ha quedado un nombre sin cosa. Hace pocos años fué arrancada la última parra que vegetaba abrazada á un olmo, en medio de una pradera, y cuyos racimos, de color entre rubí y esmeralda, con un poco de buena voluntad podían comerse. A un cuarto de hora de allí, en Aneto, existe un peral cuyos frutos no llegan á madurar, porque los hielan los fríos tardíos. En Montanuy, cerca de Vidaller, se conoce también una partida con el nombre de *Las Viñas*: este mismo nombre, *La Viña*, se da en Villacarli á un robledal, y dentro del término crecen algunas parras. En Cirés, distrito de Bonansa, hay diez ó doce olivos que se cultivaron en otro tiempo, y que ahora se conservan silvestres sin otro objeto que el de utilizar sus simbólicas ramas en la solemnidad del Domingo de Ramos. Algo semejante ha acontecido en Jaca: los campos de trigo se dicen todos invariablemente *viñas*: en una división de rentas entre el Obispo y el Cabildo, obrante en el Libro de la Cadena, y fechada en 1202, se reserva aquél cuatro viñas para el surtido de su bodega; en las Ordenaciones de la ciudad, año 1695, se impone á los ciudadanos la obligación de cultivar un cierto número de cepas, bajo pena de no ser insaculados para ninguno de los oficios de república; por esa misma fecha se daba todavía gran importancia al diezmo de vino; y por último, quedan aún en términos de la ciudad dos ó tres viñas, cuyo fruto halla salida en el mercado local para comer en fresco. En otros muchos pueblos de la montaña se cultivó en lo antiguo la viña, según demuestran multitud de documentos de compraventa, donaciones y otros. Atribuyen los naturales la desaparición de la viña en esta zona á causas puramente históricas: dicen que á la raíz de la invasión de los sarracenos, los cristianos hubieron de dedicarse al cultivo de la viña en la Canal de Jaca y valles circunvecinos de la región montañosa, única que dominaban en aquella sazón, no obstante la escasísima riqueza alcohólica del caldo espirituoso que en tan ingrato clima producía; pero cuando más tarde fué reconquistada la tierra baja, entablóse la competencia entre las

viñas antiguas y las nuevas, y no pudiendo sostenerla aquéllas, cedieron el campo y se retiraron poco á poco. Á esta explicación hay un grave reparo que oponer: Huesca fué reconquistada en el siglo XI; Zaragoza en el XII: desde entonces hasta la desaparición de la viña en las montañas de Jaca, han pasado siete siglos; desde Jaca hasta la región propia de la viña, no se cuenta hoy sino una jornada, y á todo tirar, dos. Por otra parte, es innegable que el clima ha experimentado mudanzas, ignoro en qué sentido, porque desgraciadamente no existen registros de observaciones termométricas: únicamente sé que, en tiempo del P. Ramon de Huesca, nevaba en Jaca muy frecuentemente; que hace treinta años los pozos de nieve se llenaban casi todos los años, y que ahora no pueden llenarse casi nunca porque apenas nieva: que en Canfranc cae mucha menos nieve y se siente mucho más el frío ahora, que antes de haber sido desarbolada aquella parte del Pirineo.

(Continuará.)

JOAQUIN COSTA.

OBSERVACIONES

SOBRE LA INMENSA UTILIDAD DEL APROVECHAMIENTO DE LAS AGUAS.

En la sesión del 12 de Junio del corriente año, celebrada por el Congreso internacional de Agricultura de Francia, el distinguido ingeniero monsieur Cotard leyó un informe por él redactado sobre el aprovechamiento de las aguas, que creemos de la mayor conveniencia insertar en nuestro periódico, no sólo por las útiles y extensas consideraciones que en él se hacen, sino por lo que contribuiría su aplicación á evitar los desastrosos efectos de las crecidas de los ríos, convirtiendo esta acción destructora en inmenso beneficio para la agricultura, cosa que tanto á nuestro país interesa.

Sobre dicho trabajo llamamos muy particularmente la atención de nuestros gobernantes, hoy sobre todo que el estado de tranquilidad y naciente prosperidad en que afortunadamente nos encontramos, permitiría obtener pronto y brillantes resultados.

Dice así el expresado informe:

«Entre las cuestiones que interesan á la prosperidad agrícola é industrial de los diferentes países, no hay otras que preocupen más vivamente la opinión pública, ni que sean de carácter más urgente, que las que conciernen al aprovechamiento, conducción y distribución de las aguas. Ya sea que se quiera prevenir el peligro de las inundaciones, que se trate de fecundizar el suelo por medio de los riegos, ó de utilizar la fuerza motriz de los saltos de agua en beneficio de la industria, ó de establecer finalmente la circulación por medio de numerosos canales de navegación, el desarrollo de estos trabajos es de más importancia hoy para los países agrícolas que cualquiera otra obra de pública utilidad.

«No nos detendremos á demostrar los admirables resultados de los riegos, que, como ya sabemos por experiencia, aumentan tres, cuatro y aún diez veces el valor de las tierras. El fin á que debemos aspirar es el de extender este beneficio por las comarcas que hoy están privadas de él, ofreciendo así un empleo fecundo á las aguas extraordinarias que ocasionan las crecidas.

«Mientras que masas inmensas de agua se precipitan en el mar arrastrando consigo enormes cantidades de fertilizadores sedimentos, y devastando á su paso los más ricos valles, quedan sujetas á los rigores de las sequías las partes elevadas del país, cuyas sequías inutilizan todo cultivo, secan los canales é interrumpen, cuando no paralizan por completo, los trabajos de las fábricas.

«Esta pérdida incalculable no procede de otra cosa que de la mala distribución de las aguas. Y no se reduce sólo á la pérdida de los productos, sino que ocasiona un empobrecimiento continuo del suelo, del que desaparecen poco á poco sus cualidades fertilizantes, á pesar de todos los esfuerzos de la industria agrícola.

«La situación es tanto más grave, cuanto que

las enfermedades que sufren diversas producciones, y en particular los viñedos, dejan ciertas comarcas en la imposibilidad de destinarlas á otras clases de cultivo, á causa de la sequía que experimentan; de tal suerte, que allí donde la viña ha sido destruida, no queda muchas veces más que un estéril desierto.

«Durante el período de treinta años que acaba de terminar, se han realizado trabajos inmensos. La construcción de los caminos de hierro ha abierto á la explotación maravillosas vías de comunicación. Pero ahora faltan á las nuevas líneas que se trata de establecer, productos que transportar. Los medios de transporte no son más que instrumentos de trabajo, y cuando éstos bastan á las necesidades creadas, sólo en el acrecentamiento de la producción nacional pueden buscarse nuevos manantiales de prosperidad y desenvolvimiento.

«Todos nuestros esfuerzos deben dirigirse, pues, á favorecer la agricultura; y de todas las mejoras que pueden intentarse con ese fin, las más importantes son las que tengan por objeto el mejor aprovechamiento de las aguas.

«Hasta el presente, en vez de procurar retener las masas de ellas que descienden de las partes altas de los valles, sólo hemos considerado esos elementos de riqueza como un peligro y una calamidad, y sólo hemos procurado librar de sus efectos á los ribereños.

«Los diques que se han levantado con este objeto han tenido por efecto agotar los depósitos superiores, aumentar la altura de las crecidas y hacerlas más peligrosas.

«La solución del problema consiste, por el contrario, en retener estas aguas en las partes elevadas del terreno, para recogerlas en una vasta red de canales, de tal modo, que el desagüe se retarde tanto como sea posible, y no se las permita volver á sus lechos naturales sino después de haberlas metódicamente aprovechado, tanto en el riego como en la alimentación de los canales de navegación, y como fuerza motriz.

«Las aguas que los terrenos impermeables no puedan conservar, que inundan los valles y amenazan las poblaciones, serían de esta manera conducidas á los terrenos que las necesitan y que puedan absorberlas. Extendidas por la superficie del suelo, se filtrarían en la tierra, y los manantiales, que poco á poco se van secando, reaparecerían con un caudal más abundante y más constante. Las diversas corrientes de agua que recibiesen estas filtraciones, lejos de disminuir, verían regularizarse su régimen. Se repondría su estiaje, y si no se evitaban las grandes crecidas, por lo menos se disminuirían mucho. Estos cursos de agua, cuyo gasto sería más uniforme, tendrían esclusas navegables para toda estación en una gran parte de su recorrido. Los canales superiores abrirían al mismo tiempo nuevas vías de comunicación entre los diferentes valles, facilitarían el establecimiento de todos los de navegación que se juzgasen útiles, y podrían poner poderosas fuerzas hidráulicas á disposición de la industria, sin perjuicio alguno para la agricultura.

«Esta racional distribución de las aguas daría al país una humedad bienhechora, evitando de este modo la formación de lagunas insalubres, que el abastecimiento de aguas corrientes superiores permitiría sanear y desecar. En fin, las repoblaciones de arbolado, tan útiles para fijar las tierras sobre las pendientes rápidas, no estarían embarazadas por las condiciones de inútiles pastos y de trashumancia, que aún sufren ciertas comarcas, y que la mejor repartición de cultivo haría desaparecer.

«La vasta canalización, que sería el instrumento y la consecuencia del aprovechamiento de las aguas, permitiría abrir nuevas arterias de comunicación por agua, que constituirían el complemento racional de las redes de vías férreas, pues ofrecerían transportes á céntimo y medio por tonelada y kilómetro, que los caminos de hierro mejor organizados no pueden efectuar, sino difícilmente, á menos de cuatro céntimos de franco.

«Esta canalización permitiría, por último, crear un número de poderosas fuerzas motrices, que serían, en esta época en que el consumo de combustible es cada vez mayor, un recurso precioso y una riqueza considerable para un gran número de

localidades. Las fuerzas que podrían utilizarse de este modo representan una potencia de trabajo muy superior á la que se obtiene con todas las máquinas de vapor fijas y móviles, actualmente empleadas en toda la superficie de cada país.

» Una errónea apreciación de las condiciones del problema general del aprovechamiento de las aguas había hecho considerar como aislados, y aún con frecuencia como opuestos unos á otros los intereses de la agricultura, de la navegación y de la industria. Estos intereses están, por el contrario, en perfecta armonía y se prestan mutuo concurso. Es más, al separarse, no se ha conseguido satisfacer á ninguno de ellos, y ciertas empresas de riegos, de navegación ó de fuerzas motrices, no han dado por tal hecho buenos resultados.

» Mientras nos estamos disputando las débiles cantidades actualmente disponibles, dejamos perder masas enormes sin provecho para nadie. No nos hemos convencido aún bastante de la siguiente verdad: el medio mejor de asegurar á la navegación y á la industria toda el agua de que necesita, es destinar á la agricultura la mayor cantidad posible, pues las aguas, extendidas por la superficie del suelo, vuelven lentamente y por filtración al lecho de los ríos, cuyo curso se hace entonces más constante y regular.

» Los trabajos que han tenido por exclusivo objeto la navegación fluvial, los dragados, las rectificaciones y los trabajos de encauzamiento en el lecho de los ríos, han aumentado la tendencia natural de las aguas á acelerar su caída; y bajo este punto de vista han resultado contrarios al fin propuesto con ellos. Estos trabajos, cuyo efecto se ha aumentado con los saneamientos, aperturas de zanjías, dragado y desecación de lagunas, á las cuales se ha consagrado en estos últimos tiempos un particular interés, han aumentado con frecuencia el mal, haciendo peor el régimen torrencial de las corrientes de agua. Cada uno ha mirado por sí ciegamente, y el agua ha faltado á todo el mundo.

» Es claro, sin embargo, que abriendo y encauzando los ríos, sin tener primero el cuidado de crear depósitos de agua suficientes en las partes elevadas de sus cuencas, se marcha cada vez más rápidamente hacia el estado funesto en que se encuentran los países desiertos, donde los ríos desecan la tierra en vez de regarla.

» No existe ningún país en el mundo al que esta cuestión del aprovechamiento de las aguas no le interese en alto grado.

» Las fértiles llanuras de Hungría sufren alternativamente inundaciones terribles y grandes sequías.

» Las comarcas meridionales de Rusia, dragadas por los ríos que las atraviesan, no confían para obtener sus cosechas más que en la casualidad de las variaciones atmosféricas.

» España, tan admirablemente favorecida por el relieve y naturaleza de su suelo, y que no tendría más que continuar la admirable obra de los árabes, podría, utilizando sus magníficos cursos de agua, fertilizar inmensas comarcas, que la falta de riego hace estériles é improductivas.

» Egipto verá duplicar su fortuna cuando un canal derivado del Nilo en su primera catarata venga á verter el agua por sus tierras. Este canal, devolviendo á la Agricultura todos los brazos empleados actualmente en sacar el agua del río, abriría al mismo tiempo, de un extremo á otro de este rico territorio, una gran vía navegable. Diques construidos en el alto Nilo permitirían reconstituir el régimen de la antigua cuenca, volviendo á la vida una inmensa superficie de áridos desiertos, que harían diez veces mayor la potencia y la extensión de este país.

» Considerando sobre todo la vasta cuenca del Nilo, hoy reducida como superficie cultivable á un estrecho valle, es como mejor puede formarse idea del efecto producido por la corriente natural de las aguas, cuando están abandonadas á sí mismas.

» Las partes elevadas de esta cuenca, fertilizadas en otro tiempo por numerosos afluentes del río principal, no son hoy más que un inmenso desierto, producido por el descenso sucesivo de las cataratas y el agotamiento de los depósitos superiores.

» Aunque ya son raros, todavía aparecen algunos oasis: son los últimos vestigios de antiguos

ríos, cuyos secos lechos llevan ahora en el país el nombre de *bahar-bala-ma* ó ríos sin agua.

» La antigüedad nos presenta numerosos ejemplos de los resultados obtenidos por los riegos.

» Las comarcas de Oriente no han sido siempre áridas como lo son hoy. El esplendor y el poderío de los imperios de Asiria y de Persia son contemporáneos de inmensos trabajos de canalización.

» Considerada bajo este punto de vista, la historia de tiempos tan remotos nos permite deducir la conclusión, confirmada por numerosos documentos, de que la suerte de todos estos países ha estado enlazada á la existencia de una vasta canalización que permitió resistir durante largo tiempo á las guerras y á las invasiones, y cuya destrucción acarrió por fin la pérdida de esta antigua civilización.

» Se puede citar á propósito esta bella inscripción de Semiramis, encontrada por Alejandro en las fronteras de la Scythia:

» He obligado á los ríos á correr por donde yo quería, y no he querido más que por donde fuese útil; hice fecunda la tierra estéril, regándola con las aguas de mis ríos.

» En aquel tiempo las instituciones que protegían el uso de las aguas se confundían con el culto religioso. Constituían un poder superior al del príncipe, y tenían por asilo el santuario.

» Así fué el profeta Daniel intendente general de las aguas; y aún hoy, después de todos los trastornos que la Persia ha sufrido, se conserva nominalmente esta función bajo el título de *Mir-ab* ó Príncipe de las aguas.

» Sin remontarnos á épocas tan lejanas, pueden citarse las grandes obras de canalización ejecutadas en la India en el transcurso de este siglo: un inmenso canal derivado del Ganges, á su salida de los montes de Himalaya, toma de este río las siete octavas partes de su caudal en el estiaje; es decir, cerca de 200 metros cúbicos de agua por segundo, para llevarlas á Doab, provincia que mide más de cuatro millones de hectáreas, y cuya población es de seis millones de habitantes.

» La creación de este río artificial, especie de *Ganges del arte*, ha dado por resultado trasladar la navegación de las partes bajas del valle, donde estaba sujeta á todas las irregularidades del régimen del río, á las cumbres de Doab, y ofrecer perpetua alimentación á los riegos de un inmenso país.

» Otras comarcas, hoy día improductivas, podrían hacerse cultivables por trabajos análogos, tomando de los ríos que las atraviesan una porción de aguas que van sin utilidad alguna á perderse en el mar.

» La Lombardía presenta también un grande ejemplo de los resultados que pueden producir los riegos.

» No se pueden señalar en estos últimos tiempos más que algunos trabajos de escasa importancia, que se reducen á derivaciones tomadas en puntos poco elevados, de pequeño volumen y que no fertilizan más que superficies de mediana extensión.

» Solamente grandes derivaciones de cantidades considerables de agua sobre las mesetas que separan los valles, pueden cambiar las malas condiciones en que se hallan las comarcas expuestas á las sequías.

» Con ellas el labrador está sujeto á las eventualidades de los buenos y malos años, lluviosos ó secos. Con ellas está condenado al rudo trabajo del cultivo artificial.

» En los buenos años le falta ganado, y lo compra caro; en los malos le sobra, pero le vende mal; de lo que le resulta una pérdida en ambos casos. Así es imposible toda prosperidad.

» Las comarcas que se encuentran en esta situación son desgraciadamente en todos los países las más extensas. Las cantidades de agua que se pierden sin utilidad alguna en todas partes, serían suficientes para la transformación del cultivo si estuviesen convenientemente aprovechadas y distribuidas.

» La obra que hay que ejecutar es, pues, la distribución racional de las aguas, consideradas como la verdadera riqueza del territorio, tomándolas de donde sobren, para conducir las donde se convierten en un elemento de prosperidad, extendiendo por todo el país sus beneficios.

» La Francia, lo mismo que otras naciones, tiene que acometer esta obra.

» Ya se han estudiado y propuesto numerosos proyectos de grandes derivaciones.

» Las del Ródano permitirían conducir aguas bienhechoras á las mesetas y llanuras del Sur de este valle.

» Las aguas de los Pirineos, tan abundantes, sobre todo en el verano, podrían conducirse á las alturas que separan los afluentes del Garona y del Adour, de suerte que quedasen á disposición de la agricultura y de la industria de toda esta comarca.

» Una canalización análoga permitiría igualmente recoger todas las aguas sobrantes que descienden del núcleo montañoso del centro de Francia, así como de otras partes elevadas del territorio donde el suelo no es permeable, y utilizarlas en el riego de todo el país.

» La Sociedad de Agricultores de Francia hace mucho tiempo que ha llamado la atención sobre la importancia de esta obra. Ha indicado también la urgente necesidad de construir cartas en escalas grandes, con curvas de nivel poco separadas. Estas cartas son indispensables para estimular é ilustrar la iniciativa privada y determinar las aplicaciones que deben realizarse en las diferentes localidades.

» La Sociedad de Agricultores de Francia, en sus sesiones de 1876 y 1877, ha manifestado la importancia capital que concedía al *aprovechamiento de las aguas*, considerado, bajo las distintas facetas: de riego, que puede fecundar los más estériles terrenos; de navegación, que permite los trasportes á poco precio; de fuerzas hidráulicas, tan ventajosas para la industria, y por último, de las inundaciones, cuyos desastres afligen con frecuencia á comarcas enteras.

» A consecuencia de los acuerdos adoptados con este motivo por la Sociedad, se creó y constituyó en el mes de Octubre último, por el Ministerio de Obras públicas, una *Comisión Superior del aprovechamiento de las aguas*, con el encargo de estudiar en conjunto la cuestión.

» Esta grande obra interesa á todos los países. El *Congreso internacional de Agricultura*, que convoca á todos los que pueden llevar á él su parte de trabajo, de experiencia y de noticias, ofrece una oportunidad que debe aprovecharse para seguir el estudio de esa vital cuestión y demostrar su importancia.

» Ya es tiempo que estos trabajos, forzosamente descuidados durante el período que acabamos de atravesar, en que todas las fuerzas han sido absorbidas por la construcción de los caminos de hierro, sean por fin seriamente emprendidos.

» La obra es inmensa, pero se realizará progresivamente y con la seguridad de considerables beneficios. Será una nueva carrera, casi indefinida, abierta á grandes trabajos, que serán, aún para la riqueza del suelo y los trasportes económicos, lo que los caminos de hierro han sido para las comunicaciones rápidas.

» Todos los países hallarán en la ejecución de estas grandes obras de utilidad pública un nuevo período de trabajo y de prosperidad.

» El Relator,

» CH. COTARD. »

El *Congreso internacional de Agricultura*, después de escuchar la lectura de este documento y aprobar sus principios, acordó:

« Que los Gobiernos extranjeros, informados de que en Francia se ha creado la Comisión Superior de aprovechamiento de aguas en el Ministerio de Obras públicas, dispongan que delegados de sus naciones puedan seguir los trabajos de esta Comisión. — París, 12 de Junio de 1878. »

Así acaba el expresado informe, que creemos habrán leído con gusto nuestros lectores; y ahora sólo nos resta añadir que indudablemente es de la mayor importancia y urgencia que por el Ministerio de Fomento se proceda á nombrar una Comisión encargada de proponer al Gobierno cuanto pudiera contribuir al planteamiento en España de trabajos de tanto interés como los que se citan, teniendo á la vista la marcha que en ellos siguen otras naciones y aprovechando la experiencia en ellas adquirida en beneficio de nuestro pobre suelo, tan desprovisto hoy de obras de riego, y tan con-

trariado en su camino por circunstancias políticas, económicas y administrativas, siempre que ha pretendido salir de su abatimiento.

E. PAGE.

GABRIELA,

NOVELA ORIGINAL

DE LA

Señora doña TERESA ARRONIZ y BOSCH,
autora de la novela MARI-PÉREZ, premiada por la Real Academia Española.

CAPÍTULO IV.

El tiempo había transcurrido para la Baronesa con mortal lentitud. Más de una vez, en su palpitante y creciente ansiedad, sintióse acometida por terribles impulsos de salir de la angustiosa expectación en que se hallaba, arrollándolo todo en su derecho de amiga y en su fuero de señora, conteniéndola á duras penas las terminantes declaraciones de Bracamonte; declaraciones que habían tenido el poder de imponerla, mucho más todavía que de ofenderla, y ofendida lo estaba al más alto punto á que puede elevarse el femenino resentimiento.

Dicho con verdad, tampoco era éste el que en aquella hora suprema predominaba en su corazón. Sobre el resentimiento de su agravio se levantaba el temor, pero temor profundamente angustioso, temor que no fijándose en punto determinado, los abrazaba todos en toda su dilatada extensión, sin excluir forma alguna como revistiesen los visos de verosímil que el buen sentido reclama, y hay que decir cómo el de la Baronesa era clarísimo y singular.

Su pensamiento iba y venía con rapidez, dando vueltas en torno de los actores de aquel extraño y misterioso drama. Sin reposar en nada, sin acertar con nada, ya se fijaba en Castro, colocado por sus faltas — que sentía más que dudaba — ó por sus enemigos, que también pudiera ser, en crítica y peligrosísima situación; ya en Gabriela, inculpaible y pura como la virtud más acendrada; presa en aquellos momentos en el estrecho círculo de hierro donde el crimen ó la desgracia, ó las dos cosas juntas, de su marido, le habían impuesto el duro é ineludible deber de entrar: ya en Bracamonte, dueño y señor de la situación, árbitro del destino de Castro, á quien había favorecido con largueza, ántes contrario suyo y acaso oculto, enconado y rencoroso enemigo; luego, uniéndolos á los tres, preguntábase qué clase de ofensa de Gabriela ó de Castro á Bracamonte podía mediar que inspirase y mereciese el temor que Bracamonte inspiraba á Gabriela, temor que la impulsaba á huir de él, á riesgo de patentizarlo, cometiendo raras é injustificadas inconveniencias, y que á la altura á que las cosas habían llegado, de sobre se comprendía que no le faltaba legítima aunque oculta razón de ser. Mas en vano la Baronesa pretendía llegar á las causas por los efectos; pues como el orden es inverso, las causas no se le descubrían, y en el temor vago, indefinido, medio fantástico, pero poderosísimo que la dominaba, presentía algo aterrador y sombrío como la venganza, algo muy aterrador como la catástrofe.

Todo tiene término, y al fin le tuvo su cavilación y su expectativa; Gabriela apareció en el portal acompañada del secretario, cruzó la acera, pagó la impuesta cortesía de su acompañante con glacial saludo, puso el pie en el estribo y montó. Bracamonte, que había bajado en pos suya, dejando entre ambos, por respeto, un tramo de la suave y tendida escalera, hizo lo mismo; casi á un tiempo treparon los lacayos al pescante, partiendo el coche de la Baronesa para la calle de Alcalá, mientras el de Bracamonte seguía por el Prado, sin duda para subir al Congreso por la Carrera de San Jerónimo.

La señora de Castro, pálida, muda, parada su fisonomía como si la vida no la animase, dejóse caer pesadamente en el blando asiento, sin darse al parecer por advertida de la presencia de la Baronesa, que la envolvía en su ávida mirada, buscando

do indicios que le anticipasen la solución del problema un poco pavoroso que la ocupaba.

Al doblar la esquina del Ministerio de la Guerra, Rosa María, profundamente inquieta y asustada ante aquella concentración que salía del límite de lo natural, hasta en la delicada y peligrosa situación en que Castro pudiera hallarse y verse ella misma colocada, le dijo:

— ¿A dónde vamos, Gabriela?

— A casa, respondió con inefable laconismo.

— ¿No sería mejor á la mía?

— No, Rosa.

Sin insistir, la Baronesa tiró del cordón y dió la orden al jockey.

La señora de Castro había vuelto á recaer en su silencio.

Los hermosos y valientes alazanes de la Baronesa parecían, como Pegaso, tener alas en los pies, y ya en la Puerta del Sol, la Baronesa, tomándole la mano, que encontró helada, le preguntó resueltamente:

— Dime, Gabriela, ¿cómo se ha portado contigo Bracamonte?

El nombre obró sobre la señora de Castro con energía; sus ojos se animaron, sus labios se contrajeron cual si la sonrisa quisiese asomar á ellos; pero ni llegaron á sonreír, ni permitieron paso á la palabra.

— ¡Por Dios, Gabriela! dijo Rosa María cada vez más afectada. — ¡Por Dios, hija mía, habla! ¿Qué ha hecho Ambrosio? ¿Qué dice Bracamonte? ¿Qué puede ó qué puedes hacer por tu marido? ¿Qué te piden que hagas tú?...

Gabriela, mirando siempre al vacío, arqueadas las cejas, sin llorar, sin respirar casi, ni devolver la presión que su mano recibía, contestó con acento cortado:

— Ya te lo contaré todo: ahora no puedo: tengo un nudo en la garganta.

— ¡Si estás yerta!... los nervios...

— No... es éste que lo han muerto.

La señora de Castro puso la mano sobre su corazón y el coche siguió por la calle del Arenal. Pasaron en silencio la plaza de Isabel II, la calle de Carlos V, y por la de Lepanto se dirigieron á la de Noblejas. Llegaron á la morada de Gabriela, el jockey bajó el estribo, y las dos señoras descendieron. En el balcón esperaban las criadas; Nicanora, en el portal.

Cubierto, muy cubierto venía, muy recatado, pero el escándalo asomaba su faz en aquella mansión de acrisoladas virtudes.

Seguidas de la buena y fiel montañesa, comenzaron á subir la escalera, y cuando ya estuvieron en el gabinete de Gabriela y solas, la Baronesa hizo que tomara el agua mezclada de azahar que Nicanora tenía prevenida, le calentó las manos entre las suyas, la animó con esperanzas, le prestó cuantos consuelos puede dar la amistad, instándola para que se fuese con ella.

— Rosa mía, dijo la señora de Castro muda é insensible á todo; perdóname, pero necesito concentrarme mucho en mí misma para tomar una resolución definitiva. Tengo que escribir á Ambrosio.

— Bien, hija mía; reflexiona, resuelve y escribe; pero, por Dios, tranquilízate... Bracamonte confía mucho en tí, y yo espero mucho de él.

Los ojos de Gabriela irradian con el mismo sombrío resplandor que en el coche, y sus dientes hicieron presa en su labio sin notar que lo ensangrentaba.

— ¿Por qué? dijo la Baronesa interrogándola con energía. ¿Por qué?...

— *Dies iræ*, murmuró, *dies illa*.

— Espera...

— No hay redención.

Después se inclinó, y ciñéndole el cuello con su brazo:

— No sé si yo me he desvanecido, añadió; porque la criatura sufre vértigos.

— Sí, hija mía, afirmó la Baronesa besándola, y caemos.

— Figúrate un abismo con dos bocas.

— Sí, sí...

Gabriela se llevó la mano al corazón. Debía sentir en él algo muy intensamente doloroso, que no quería se revelara ni aun en un quejido. La confianza quedó cortada, y cortando la visita con angustia:

— No me olvides, le dijo, no tengo más que á tí.

— Tienes á Dios delante, de quien yo no soy más que un leve y ruin átomo, respondió la Baronesa dándose por despedida, como poco ántes Gabriela se había dado por Bracamonte. Tienes á Dios que está sobre todos los poderes de la tierra.

— Verdad, pero tú conságrame un recuerdo en este día en que se va á cerrar con una piedra la boca terrible que no he podido bordear...

— ¡Gabriela... no necesitas el recuerdo, porque te llevo en el alma!

— Que vengas mañana, ¿sí?

— Vendré esta noche, ¿quieres?

— No te incomodes... mañana.

— ¡Pues hasta mañana y hasta siempre!

Y la estrechó sobre su corazón.

Momentos después el coche bajaba por la calle de Lepanto, y la Baronesa, enjugándose dos lágrimas que corrían lentamente por sus mejillas:

— Dios mío, murmuró, guíala con tu sabiduría, porque esta obra de tus manos, que tan perfecta sería si le tomara, es sin consejo.

CAPÍTULO V.

Poco ántes de las once un coche que venía del Ministerio de Hacienda, dobló la esquina de la calle del Turco, parando momentos después delante del palacio de la Baronesa. El lacayo abrió la portezuela, y apeándose de él, Bracamonte penetró en la aristocrática y silenciosa mansión de aquella.

Se le recibió en la misma sala rosa de por la mañana; se le hizo esperar, no largo espacio, pero se le hizo esperar, y al fin se presentó Rosa María dando tibias excusas por su tardanza.

Por el contrario, en Bracamonte no se echaba de ménos, ni su serena actitud, ni su finura, ni la seguridad de sí mismo que en tan alto grado poseía. Todo en él anunciaba hallarse en perfecto reposo, en perfecto equilibrio; mas aquella tranquila apariencia, aquella cortesía, aquel dominio de sí, aquella soltura respetuosa y digna con que borraba las distancias, si por prerrogativa álguien osaba querer imponérselas, ó las establecía si en la misma forma tratábase de prescindir de ellas, chocaban con la seria expresión de la Baronesa, con su glacial acogida, con la mal disimulada violencia que se hacía en aras de su propio respeto, para no arrojarle á la frente con las creces de su altivez el inefable desaire que por la mañana le había inferido.

Bajo el dominio de las impresiones y reflexiones del día, su inesperada visita de la noche sorprendíala en la sobreexcitación de todos sus sentimientos. Castro, derrumbándose como torre minada, de la altura á que había ascendido, entre el escándalo de un proceso y la bafa de sus muchos enemigos, duplicados con los infinitos envidiosos de su encumbramiento y prosperidades; Gabriela, rodando amarga y desesperada por aquel tenebroso abismo de dos bocas abierto á sus pies para devorarla, empujada por pasiones que no eran suyas, por faltas de que se hallaba completamente limpia. Bracamonte, fulminando rayos de severidad desde la cima del Sinaí de su poder; imponiendo con inflexible firmeza la ley que, por la fuerza misma de las circunstancias, habían tenido, sin que les valiese su privilegio de señoras, que acatar Gabriela y ella... todo esto, decimos, no cesaba de dar vueltas en su mente, produciéndole con el azorado é indefinido terror del presentimiento, amarga y dolorosa ira.

Sobraba penetración á Bracamonte para no conocer al primer golpe de vista el estado de espíritu de la Baronesa; pero no se dió por advertido, ménos por intimidado, y con el tono esencial y propio suyo:

— Hecha mi visita de esta mañana, dijo soltando la mano que se apresuraba á desprenderse de la suya, vengo esta noche, á riesgo de sorprenderla ó molestarla, á hacerle á V. otra visita.

— Pues no me ha sorprendido V. con ella, respondió la Baronesa; al contrario, adivino en ésta su complemento y la hallo muy natural.

— Adivina V. bien. En deuda con V. de una explicación y de una satisfacción...

Interrumpióle la Baronesa, y marcando la frase en tono breve, severo y firme, dijo:

—No me debe V. nada, Bracamonte, nada, y conste que lo aseguro.

—Aun no se ha hecho, que yo sepa, la liquidación general ni la mia particular, repuso Bracamonte marcando tambien; entre tanto, Baronesa, debo.

—Si es así, por mi parte perdono sin restricciones.

—No me eximo de mi obligación, ni aun con esa grata seguridad.

La Baronesa guardó silencio, y Bracamonte, imponiéndose al orgullo herido que rechazaba con fiereza las satisfacciones que le ofrecían, abordó de frente la espinosa y delicada cuestión que les ocupaba, diciendo:

—Supongo sabrá V. por la señora de Castro el triste éxito de mi conferencia con ella...

—La señora de Castro, contestó la Baronesa cada vez más severa y esquiva, estaba muy afectada y no la he molestado con preguntas que habian de ahondar su disgusto.

—Ambas, observó Bracamonte con naturalidad, han estado ustedes en su carácter. ¿Pero no le ha dicho á V. nada, nada?...

La Baronesa ni sabía ni quería mentir; mas como la pregunta era directa y además apremiante, dijo:

—Nada.

—Me asombra verdaderamente.

—De lo acaecido en Londres ó en Madrid, sólo sé una cosa que me hace cruelísimo daño: Que Castro se hunde en la sima abierta por el odio, ó la desgracia, ó su generosa imprevisión.

—No, Baronesa, es obra suya.

—Remitamos al tiempo.

—Remitamos, repitió Bracamonte acentuándose más y más su actitud. De cualquier modo, *creyentes y protestantes* pronto han de saber á qué atenerse.

—Los *protestantes* han formado ya opinion, dijo la Baronesa sosteniendo la suya con firmeza.

Bracamonte miró en silencio y fijamente á la Baronesa, y luego con acento afectuoso replicó:

—Espero que la rectificarán con espíritu de justicia; mas dejando lo futuro y viniendo á lo presente, permítame V. con la bondad de siempre la pregunte segunda vez. ¿No le han dado á usted ni aun idea de lo que es el asunto de Castro?...

—No.

—¿Ni de lo que su esposa ha hecho hoy?

—Tampoco, respondió la Baronesa, en quien el recuerdo de Gabriela obró con energía; pero supongo habrá sido lo que hace la gota de agua que cae en el polvo: recogerse en sí misma para conservarse intacta.

Toda la hiel que puede acumularse en el corazón del hombre asomó en una sonrisa á los labios de Bracamonte.

—¡Gloria á la gota de agua! exclamó con acento más acerbo que la sonrisa, por más que el polvo no haya podido percibir ni un átomo de su virtud.

Rosa María se quedó cortada. Al herir no había calculado la profundidad horrible de la herida que había hecho. Comprendiólo, y tras breve y violenta pausa,

—Son similares, dijo la Baronesa queriendo atenuar lo ofensivo de su comparación.

—Son representaciones gráficas, muy gráficas, de las personas; tan gráficas, que yo, Manuel Félix Ramírez de Bracamonte, respondo por el polvo, y respondo con la frente erguida, como respondo la honra cuando se la llama á juicio.

Llevados por la doble réplica que antecede, mucho más lejos de lo que era de esperar, y sin duda alguna se habían propuesto; lejos de retroceder la Baronesa, no dió excusas, no recogió la calificación, no esquivó ninguna de las consecuencias que pudieran desprenderse de su choque, ni aun la deplorable, y para una señora mucho más, de toda cuestión personal; y recogiendo por Gabriela el guante arrojado por Bracamonte,

—No le residencia á V., señor don Manuel Félix Ramírez de Bracamonte, dijo con acento severo y algo reprochador; pero puedo establecer, y lo establezco, que la señora de Castro habrá ido con su deber y su conciencia hasta el límite que no debe traspasarse ni por peligros, ni por insidias, ni por amenazas de ningún género.

La sonrisa de antes reapareció en los labios de Bracamonte.

—Dios y yo! repuso pasando por encima de las alusiones de Rosa María.

—¡Dios y ella! replicó la Baronesa glacialmente.

—Es el único Sér en quien, como Juez soberano é infalible, no habla nunca la pasión.

—Es el único tambien para quien la virtud es siempre virtud.

—Cierto, y la nobleza, esa que no se roza con el orgullo, es siempre nobleza; pero la virtud y el deber y la conciencia son cosas que entre lo humano se falsean con la mayor facilidad y la mayor tranquilidad. Todo depende del prisma por que se les mira, del lado por que á la conveniencia le plazca señalar.

—Eso, dijo la Baronesa recogiendo la alusión, sucederá con las falsas virtudes, las conciencias laxas y los deberes transigentes y á dos colores; en la señora de Castro la virtud es tan acrisolada, la conciencia tan severa y vigilante, el deber tan bien cumplido, que no se tornasolan nunca ni presentan flanco alguno por donde puedan ser derribados cual murallas sin cimientos.

—Baronesa, repuso Bracamonte saliendo al fin de cauce como el torrente turbio y espumoso roto el dique que le contiene, no discuto nunca la virtud ni la honra de ninguna mujer, muchísimo menos tratándose de la señora de Castro, es decir, de la mujer ajena; pero puedo establecer, y establezco, permitiéndome este plagio, que esa conciencia tan estrecha y espantadiza de hoy, fué en tiempos de grande amplitud y elasticidad.

—¡Cuando! exclamó la Baronesa casi levantándose de su asiento.

—Cuando pisoteaba, eludiéndole, el derecho otorgado por su libre y espontánea voluntad, y engañaba y vendía por un puñado de flores y una centena de versos; cuando faltaba sacrilegamente á sus juramentos, no menos sagrados y santos que los que despues prestó y ahora les rinde tan solemne culto; cuando como el hacha del verdugo, con sus negativas cortaba las manos que se le tendían implorándola; cuando para desenlazarle del suyo, destrozaba en su veleidad el porvenir del hombre que se lo había consagrado entero como su corazón; y vestida de gasas y coronada de flores, gozaba y reía insultando con su felicidad al que entre la vida y la muerte se retorcia con el doble dolor de su doble sér.

En su violento y poderoso arranque, la palabra brotaba de los labios de Bracamonte como sale la bala del estrecho cañon donde se ajusta: encandecida. Dominada por ella, la Baronesa, á quien acababa de revelársele el terrible y misterioso enigma, repitiendo á Gabriela y comprendiendo al fin su sentido y su razón,

—*Dies iræ*, dijo, *dies illa*.

—Es el error más deplorable de todos. No he pensado en la venganza, y la prueba se patentiza en cada uno de mis actos.

—Oh, no, Bracamonte! Esto responde á la noche de San Silvestre.

—¡Cien veces no! Mi amor propio se hiere poco porque me estimo en bastante; y cuando no, estoy avezado á sobreponerme á sus agravios.

—Bracamonte!

—¿Qué tiene la señora de Castro de qué acusarme? Si he insistido en que fuese á mi casa, tan honrada como la suya, ha sido porque no me permito, por nada del mundo, invadir el ajeno domicilio contra la voluntad mil veces respetable de su legítimo dueño. Si he deseado que fuera sola...

—Exigido, dijo la Baronesa rectificando.

—Si he exigido fuera sola, mi fin tenía por objeto no darle conocimiento á nadie ni del hecho triplemente deshonoroso que me precisaba evidenciar, ni del favor que ella pudiera recibir... Pero la señora de Castro es adoratriz, como lo fué siempre la soberbia, de su propio parecer; la señora de Castro se equivoca por costumbre, y por costumbre no rectifica jamás; la señora de Castro, en su ofuscación constante, no ha visto ó no ha querido ver en mí nada mejor que lo que ha tocado en diez años que abrazan su juventud: cieno que pretende ser arcilla; escoria que, gracias á su falso brillo, pretende pasar por oro.

—Dios mío, cuánto odio!

Y la Baronesa, con verdadero espanto, cruzó las manos estrechamente y se oprimió el seno con ellas.

—Si odiara, no blanquearía el cabello en mis

sienes como blanquea. La pasión satisfecha renueva, y la mia sigue su curso destruyendo.

Cruzadas las manos como las tenía, la Baronesa las tendió hácia Bracamonte; y con verdadera angustia, próxima á estallar en sollozos,

—Pero ¡por Dios, Bracamonte! exclamó: ¿De qué es este abismo que me causa vértigos con su horrible profundidad?... ¿Qué ha hecho V. hoy con Gabriela?... ¿Qué le ha dicho usted?... ¿Qué ha pasado?...

—He ido en su auxilio, respondió Bracamonte con acento severísimo, pero de tanta verdad que dominaba, y he ido como van los hombres que sin continuos alardeos tienen conciencia y corazón. No he llevado ¡y lo juro por mi vida y por mi honra! más intención que la de valer al hombre por quien me sacrificó sin piedad, al hombre cuyo destino tengo en mi mano, del que soy tan dueño en estos instantes, como Dios lo es de éste y todos los orbes creados.

La Baronesa no respondió: su energía se apagaba con su resentimiento, sucediéndoles lo que dejan al pasar todas las reacciones: quebranto.

—He pretendido, prosiguió Bracamonte, ponerla, y en esto creo que no hay crimen ni ulteriores miras de ninguna especie, en situación de intervenir con ventaja en los asuntos de su marido, obligándola á juzgar y hacer justicia en el terreno práctico de los hechos. Por lo demás, que tranquilice sus temores por la posibilidad de una *transacción* que comprometa su conciencia, su honra ni sus deberes de fidelidad conyugal. Soy muy caballero para hacer del favor valores en cartera, además de que entre la señora de Castro y yo está y estará eternamente su marido; y si á éste la vida le faltara, estaría su recuerdo.

Antes que la Baronesa respondiera, su doncella se anunció en la puerta de la sala.

—¿Qué quieres? la preguntó con impaciencia.

—El ama de la señora de Castro, respondió la doncella penetrando en la habitación, viene por usted... Lloro sin consuelo y...

Una idea terrible pasó por la mente de la Baronesa, y aterrada con su probabilidad, que á su imaginación herida le pareció grande,

—¡Señor, exclamó elevando sus ojos al cielo para implorarlo; Señor, ten misericordia de nosotros!

Y sin excusas, no estaba para ellas ni era ocasión de darlas, Rosa María se lanzó fuera de la sala, interin Bracamonte, que al par suya había abandonado su asiento, la media á lentos pasos. La pasión latía en él con violencia, determinando enérgicamente todas sus manifestaciones externas.

Trascurrido corto espacio, tornó la Baronesa á la sala. Sus mejillas estaban mojadas por el llanto.

Bracamonte fué á su encuentro, y sin cuidarse de ocultar la profunda y palpitante emoción que sentía,

—¿Qué sucede? preguntó sin esperar á que la Baronesa se lo dijese.

—Para ella lo mejor, porque Dios lo dispone, le contestó; ¡qué se muere!

Al anuncio, el frío de la muerte heló á Bracamonte.

—¿Pero qué tiene? volvió á preguntar.

—Angustia... Dicen que se le ha paralizado el corazón.

Y la Baronesa, rompiendo de nuevo en copioso y acongojado llanto, exclamó sollozando:

—¡Gabriela mía, pobre Gabriela de mi alma!

La doncella entró con un chal, púsole en los hombros de su señora, y ésta, alargando la mano á Bracamonte,

—Me voy, dijo, me voy á su lado.

Después de estrechar la mano de la Baronesa, Bracamonte sacó su cartera, de ésta la carta de Londres, y alargándosela,

—Un favor más, Baronesa, la dijo, y muchas gracias por todos. Déle V. los papeles que hay bajo este sobre, menos la carta de su marido á Lelia, que ruego á V. retire y rompa luego que usted la lea, cosa que puede V. hacer sin escrúpulo, porque vendida y comprada, me pertenece por legítimo derecho. Si muere, añadió, que muera tranquila por él; si vive, que viva sin pena por lo porvenir. Si no estuviera en estado de recibirlos, la hago á V., no su leal depositaria, sino dueña absoluta de ellos.

La Baronesa tomó la carta, y no fiándose del pequeño y adornado bolsillo de su túnica, la guardó en su seno.

—Llévese V. mi coche para que llegue V. más pronto.

—Por ella, por él, por sus hijos y por mí, ¡gracias, Bracamonte, gracias!

Dicho esto, la Baronesa tomó su brazo, apoyada á él bajó la escalera, y montó en el coche con el ama y la doncella.

Al cerrar Bracamonte la portezuela, Rosa María le dijo:

—¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana!

Instantáneamente partió el coche, con tal rapidez, que aún no había dado Bracamonte veinte pasos y ya había desembocado aquél á la calle de Alcalá, por la que subía á escape tendido atronando el espacio con el estruendo de su carrera.

El reloj del Ministerio de la Guerra dió la una, repitiéndola el del palacio de Alcañiz. Todo se hallaba desierto y silencioso; la calma de la noche era completa y el ambiente se saturaba con el aroma de las acacias, tan cuajadas de flor que blanqueaban á la trémula luz de las estrellas.

CAPÍTULO VI.

No vamos á referir la historia que, como toda historia pasada, carece de oportunidad y valor. Dejémosla sin leer nuestros lectores y no serviría sino de aumentar páginas al libro, añadiendo una falta más á las infinitas de que adolece; pero son indispensables algunos precedentes, y vamos á sentarlos con la posible brevedad.

¿Qué había de cierto en el fondo de cosas y sentimientos—sobre todo de los últimos—de cuanto por la mañana, bajo una y otra envoltura de reserva y delicadeza, ocultaba con cuidado, sustancia y forma, pero no su existencia latente evidenciándose á la noche en un arranque explosivo y poderoso?

¿Qué lazo había unido á la mujer de singulares virtudes, cuyo buen sentido era admirable, y en la que la abnegación y el sacrificio formaban naturaleza, con el hombre de elevada inteligencia, de más elevado carácter, favorecido con el raro y precioso privilegio de no tener en su vida política ni en su vida privada una mancha por leve que fuese, —y habíala buscado sus adversarios con insistente empeño—problema vivo con relación al sentimiento que nadie supo resolver, ni hubiera sido resuelto á no lucir el día que acababa de espirar, señalado sin duda en su destino para que alcanzase perfecta y acabada solución?

¿Qué potestad tan alta, ó qué ofensa tan grave le había roto para siempre, autorizando á éste para lanzar cargo sobre cargo al rostro de aquella que en su austeridad severidad por huir de él, huía del mundo y cuantos placeres le brindaba; que en aquella tremenda crisis, asumiendo la inmensa responsabilidad de su resolución, rechazaba sin vacilar todo acto que pudiera volver á formarle por la delicada mano del beneficio y la gratitud?

Dejándole la palabra al mundo, y éste con pleno conocimiento de lo ocurrido, respondería con su criterio propio, que todo ello se reducía á las simples proporciones de un suceso de los mil, que á puro frecuentes, ni chocan ni impresionan á nadie; á un primer amor, en el cual, uno de los que le participan pone todo el que ha estado atesorando por espacio de veintisiete años, y el otro todas las dulces y delicadas vaguedades de los diez y ocho, vaguedades que preceden al sentimiento y la inexperiencia toma por el sentimiento mismo; á dos seres que confundidos en el mismo afecto y en la misma aspiración, se entregan su fe y reposan confiadamente en ella, haciendo de la vida un largo y magnífico día iluminado al romper con las rosadas y nacarinas tintas de su aurora, iluminado al declinar con los reflejos de púrpura y oro de su ocaso; un primer amor para el que en el curso natural de los afectos llega el día de las pruebas, despierta la pasión dormida, se sienten nuevas sensaciones, se compara y se patentiza lo que ántes hubiérase tomado por horrendo sacrilegio; no ser lo sentido, por más que se hubiese jurado lo contrario, mas que la revelación del sentimiento. Entonces el amor se fija en el objeto que

lo inspira, olvidando al objeto á quien se inspira; las promesas pierden su valor, se recoge la fe otorgada, las ilusiones tejen una corona de rosas, y otra mano, la mano afortunada que hizo brotar la pasión, ciñe á la frente que pierde con ella el primer luminoso rayo de su aureola; lo de todos los tiempos: nada en suma... Y hay que convenir en que el mundo respondería con la autoridad de la experiencia. ¿Quién no ha visto multitud de veces por poco que se haya fijado en lo que está convenido en llamar cuestiones del corazón?...

Gabriela nació predestinada á la dicha, vino á la vida deseada con hondo afán, y la recibió en sus brazos el gozo llenándola de ternezas. Niña—es verdad—perdió sus padres, pero la dejaron en el seno de una familia numerosa unidísima entre sí, y toda ella en elevada posición; la dejaron rica, y lo llegó á ser mucho más en razón á que, como era la sola mujer que vino á la luz de la vida en una familia, de padres á hijos, toda compuesta de varones, abuelos, padres, tíos, la mejoraron al morir, y sus hermanos, que eran cuatro, se disputaban el derecho y el placer de tenerla á su lado el más tiempo que podían.

Descendiente de una familia de marinos, y marino también Bracamonte, vino á Sevilla en uso de real licencia á pasar una temporada con su tutor, tío de Gabriela; y con el beneplácito de toda la familia, nacieron sus amores, corriendo su primer período envueltos en purísimas, dulces y tranquilas felicidades; pero se cumplió el último día de licencia y Bracamonte regresó á Cádiz, embarcándose á breve tiempo para emprender un viaje de circunnavegación.

Por la misma época vino Castro á Sevilla, aparentemente á pasar la Semana Santa; en realidad á un asunto de índole delicada, confiado á su discreción y travesura. Por entonces contaba treinta años, carecía de fortuna, figuraba en segundo término en política, bastante en la buena sociedad, y se hallaba en el apogeo de su prestigioso mérito.

Era muy notable Gabriela para que no llamara su atención; era muy rica para que no la fijara, y dieron principio sus pretensiones, á las que desde el primer momento en que, saliendo de la sombra, osaron manifestarse al descubierto, se pronunció en contra la familia de Gabriela; más ésta, como Eva á la serpiente, le dió oído; como Eva á la serpiente, le dió crédito; como Eva se rebeló á la autoridad que debía obedecer, y como Eva, salió del Paraíso, cuya puerta le cerró su obstinación.

En lucha con todo, Gabriela opuso á la familia y al mundo, y á su propia conciencia, á la autoridad, á la reflexión, á los raciocinios, á los ruegos, á los ejemplos, la suprema razón del sentimiento: le amó. Y cuando cargo sobre cargo y aviso en pos de aviso, la familia y el mundo concertándose, como rara vez sucede, le decían formando coro: «Castro no tiene corazón, y si le tiene, está podrido; Castro va á ser tu desgracia, rompe con él», con la valentía de su fe ciega, profunda, inalterable en el hombre, respondía: «Castro es generoso, es noble, es digno, es honrado, me ama; no rompo ni romperé nunca con él»; y al testimonio respondía: «¡calumnia!» y á las protestas, «se engañan», y á todos, «no me separo», y Gabriela se casó sin que la familia y el mundo levantaran el sello de reprobación que imprimieran á su amor.

Un incidente casual, pero muy triste, le dió realce.

El día destinado para la ceremonia encontró á Bracamonte, recién llegado de Cádiz, entre la vida y la muerte; tan entre la vida y la muerte, que mientras á ella la prendían el velo nupcial, de la iglesia inmediata salía un sacerdote para recibir la confesión del marino.

A salvo de este episodio, lo demás ya lo hemos dicho, fueron cosas corrientes usualísimas en la vida. Verdad que, ligerezas, errores, veleidades, como mejor plazca llamarlas, llevan en germen la desgracia de dos vidas, pues contienen una falta innegable y una ofensa dolorosa, y es un principio incontrovertible, no haber una entre las primeras que no lleve envuelto su severo castigo, ni se infiere nunca el segundo—y si es innegado, mucho más—sin que destruya ó pervierta el corazón de quien lo recibe.

Cosas de la vida. ¿Quién se ocupa de ellas?...

Pero como no hay premisa sin lógicas consecuencias, á Gabriela no le quedó entre sus dedos más que el polvo de su soñada ventura, idealismo divino fatalmente irrealizable á que todo lo había sacrificado Bracamonte con tan gran voluntad, que sin contar más que con ella y con su aliento, de esfera en esfera, había llegado á la más alta; faltábale para arrojar al corazón vacío algo que no fuera lo pasado, herida enconada de su alma; Castro llevaba sobre sí la responsabilidad del egoísta que en un cálculo ambicioso suma y resta para buscar el producto.

Por eso—y concluimos—Gabriela retrocedía delante del hombre que para ella era ó viviente reconvencción ó supremo peligro; Bracamonte iba hacia ella para darle el convencimiento de su indisputable superioridad, la sola venganza que era capaz de satisfacerle. Castro... Castro obraba sin sujeción á ninguna regla, sin sujeción á ninguna ley moral. Castro iba por el torcido camino de su yo, directamente al producto.

UNA EXPEDICION Á DAVE (1).

Mi querido Director: Sentado delante de un balcón, desde el cual se descubre un pintoresco valle, verde como en primavera, que atraviesa el Mosa, sobre cuyas tranquilas aguas se reflejan los frondosos árboles de sus pintorescas orillas, empiezo esta carta, dedicada á EL CAMPO, que no sé dónde concluiré, y ni siquiera si llegará á su destino.

Años hacía, amigo mío, que en mis excursiones más largas apenas había pasado del faro de Biarritz, habiendo perdido, por consiguiente, hasta el recuerdo de la impresión que en otros tiempos produjo en mi ánimo lo que, con más ó menos propiedad, llamo yo el movimiento central de Europa.

El París del Imperio, con sus vicios y sus galas, había borrado de mi memoria, olvidadas por completo, las horas agradables que en él había pasado en años en que el despiadado *embonpoint*, la cruel calva y las inexorables canas no habían hecho aún sus crueles estragos.

Negocios propios, la fama de la Exposición y el deseo de saludar personalmente á los señores de este *Chateau*,—pues no sé en español qué nombre darle,—á cuya cariñosa amistad debía, desde años anteriores, repetidas invitaciones, me decidieron á emprender un corto viaje al extranjero, cuando ya estaba yo, como si dijéramos, acostumbrado de nuevo á las cosas de España, sin que mortificasen mi amor propio nacional desgarradoras comparaciones.

Llegué con toda felicidad á París, no sin haber visitado, tan luego como crucé la frontera, la villa *Frias*, donde se ha propuesto pasar la existencia lejos de Madrid, con dolor de cuantos compatriotas le tratan, uno de mis amigos más queridos, teniendo el gusto de abrazarle y de encontrar en creciente desarrollo los encantos con que la naturaleza ha dotado á sus tres hijos, sorprendiéndome con alegría la varonil apostura y gentileza de los chicos, y la delicada belleza y extraordinaria distinción de la niña, que es señora absoluta, por el tierno amor de su padre, de aquellos encantadores estados, en que, á la amistad se le tributa perenne y generoso culto.

Cumplido este grato deber de mi amistosa afición, en horas más breves de las que hubiera deseado, tomé el tren, en *La Negresse*, que debía conducirme á París.

Los pálidos reflejos de la aurora, á través de los cristales del wagon en que tranquilamente dormía, me despertaron cuando las perfecciones del cultivo, la aglomeración de edificios y la multitud de elevadas chimeneas, cuyos penachos de humo se evaporaban en un horizonte por el sol apenas iluminado todavía, vinieron á anunciarme que estábamos cerca de la capital de Fran-

(1) No hemos publicado esta carta en el número anterior, porque cuando llegó á nuestro poder era ya tarde, y porque queríamos publicar con ella una vista de la preciosa posesión de los Duques de Fernán Núñez, tomada por la fachada que da al campo, á diferencia de la que publicamos el año anterior, que estaba tomada desde el río.

(Nota de la Redacción.)

cia. No he llegado jamás á París sin rendir un tributo de admiración á aquel centro de la grandeza humana, á aquel inmenso espejo, por decirlo así, en que se refleja la moderna civilización. Los adelantos de la Agricultura transformaban en un jardín continuo los campos por donde la locomotora corría, y su silbato parecía cantar un himno de triunfo al espíritu del mundo moderno. Las colosales chimeneas, con el humo creciente de tantas fábricas que empezaban á ponerse en movimiento, se presentaban á mi mente, todavía soñolienta, como elevados mástiles en que ondeaban los gallardetes de la civilización.

Poco tiempo después descendía, en el patio del Gran Hotel, de un ómnibus, subiendo en el *ascenseur* á una habitación mucho más elevada de lo que la comodidad puede exigir, á pesar de que sobrecogía mi ánimo un poco la memoria de una catástrofe reciente, que la prensa de Europa ha divulgado, y de que todavía se conservan muestras indelebiles.

Instalado ya en París, aunque fuese por corto tiempo, la primera salida, como V. comprenderá, querido Director, había de dedicarla á la Exposición, y allí encaminé mis pasos desde luego.

Soy, como V. sabe, de naturaleza un poco árabe, y no muy dado, por consiguiente, á la admiración de las obras humanas. Por mucho que se burlen los espíritus fuertes y ciertas naturalezas, que se consideran superiores por la adoración que tributan ó fingen tributar á los prodigios de las artes, declaro, que las bellezas de la naturaleza sobrecogen mi espíritu y elevan mi inteligencia más que las gigantescas creaciones de los hombres.

Así es que, provisto, á pesar mío, de un fondo de indiferencia en mi organismo originario, penetré en la Exposición por la entrada del Trocadero, extendiéndose ante mi vista aquel grandioso panorama.

Llegaba en el instante en que la afluencia de gente iba á ser mayor; fué tal que pasó de 150.000 personas, cifra á que no había subido nunca ni en esta Exposición ni en las anteriores, pues en la de 1867 no excedió de 109.000 el número más elevado de concurrentes.

Es indescriptible, amigo mío, la impresión que produce esta primera visita. Desde la gran cascada, colocada en la parte central del palacio del Trocadero, con ocho caídas de agua, que recuerda, por su forma si no por sus dimensiones, á los españoles la que está enfrente del Palacio de la Granja y á los franceses la de Saint-Cloud, un encantador panorama se presentaba ante mi vista.

En una superficie de cerca de 550.000 metros cuadrados se levantan las obras de la Exposición. Tenía á mi espalda el Palacio del Trocadero, construido, como todo el mundo sabe, por los arquitectos Davioud y Bourday.

Colocado en aquella eminencia, desde la cual se domina toda la Exposición, contemplaba el edificio, cuyo estilo neo-greco deja á la fantasía del artista ancho campo, por el uso combinado del hierro y de la piedra, de que los arquitectos antiguos no podían disponer. Se extendían á mi derecha y á mi izquierda las dos galerías de columnas, en forma de herradura, que se unen á la gran rotonda central por dos elegantes torres, cuyos bellos remates se destacaban, en este día, en el azul vivísimo de un cielo transparente que un sol radiante con profusión de luz iluminaba. Bajo sus ardientes rayos parecían de oro las colosales figuras de animales que adornan la cascada; y sonreían alegremente, como si quisiesen saludar con júbilo á la inmensa multitud que invadía los parques, los prados de césped, las hojas de mil colores diferentes y las matizadas flores que dibujan caprichosos contornos en su dulcemente accidentada superficie.

El Palacio del Campo de Marte, vasta construcción de forma rectangular, sobre una superficie de cerca de 200.000 metros cuadrados, ostentaba en tan espléndida mañana toda su grandeza. Banderas de todas las naciones, pendientes de agujas de hierro, colocadas al final de las columnas que sostienen el edificio, desplegaban al aire sus múltiples colores; escudos de armas diferentes las adornaban, teniendo por elegante base estatuas que representan los distintos pueblos que han tomado parte en aquel gran certamen de las ciencias, de las indus-

trias y de las artes, presidiéndolas desde el centro la estatua de la República.

Entre el Palacio del Trocadero y el del Campo de Marte corre caudaloso el Sena, cristalino y transparente en este día, sobre el cual da paso á la numerosa concurrencia el puente de Jena. Barcos de diferentes formas surcan la superficie de las aguas, y pintados vapores las baten con sus ruedas y con sus hélices, trayendo y llevando, bajo los toldos de sus cubiertas, alegre y festiva muchedumbre.

En pabellones distintos, colocados á un lado y á otro de aquel extensísimo parque, ofrecen elegantes fondas á los transeúntes alimento y descanso, y las sombras que proyectan sobre los jardines tan variados edificios embellecen el claro-oscuro del paisaje. Asientos de cuantas especies ha inventado la inteligencia humana se presentan al encuentro del fatigado viajero, y á mí al menos me falta inteligencia y tiempo para darle á V., querido Director, ligera idea de aquella multitud de objetos preciosos que atesora y contiene el Palacio de la Exposición.

Joyas de los reyes, manufacturas nacionales, telas de Gobelins, porcelanas de Sèvres, obras de arte, útiles para la enseñanza, artículos de imprimir, librerías, dibujos, grabados industriales, nuevos aparatos para fotografiar, instrumentos de música, de medicina, de higiene y de precisión; geografía, muebles baratos y de lujo; obras de tapicería y de decorado; cristales, vasos, vidrios, cerámica, lozas, tapices, tisúes, papeles pintados, platería, galvanoplástica, estatuas de bronce, fuentes, relojes, perfumerías, telas de hilo y de seda; chales, encajes, tules, pasamanería, vestidos de todas clases para hombres y mujeres; joyas, armas y utensilios de guerra, cuanto puede necesitarse para viajar en el siglo en que vivimos; metalúrgica, productos forestales, agrícolas, alimenticios, químicos y farmacéuticos; objetos de caza y de pesca; cueros, pieles, máquinas agrícolas y materias alimenticias; artes químicas, aparejos mecánicos, cordelería, carpintería, botones, placas, agujas, carruajes, arcos, rails, y cuanto los caminos de hierro pueden necesitar; telégrafos, barcos y medios de salvarse en los naufragios; cereales, pan, pasteles, leche, huevos, legumbres, frutas, toda clase de condimentos y todo género de estimulantes; azúcares y dulces; bebidas sin fermentar y fermentadas; insectos útiles é insectos dañinos; pescados, crustáceos, moluscos; máquinas de todas clases, de todas especies y de todas dimensiones, desde las que levantan pesos monstruosos y perforan las materias más resistentes hasta la pequeña invención que auxilia al miopo y al decrepito para enebrear una aguja; cuantos productos, en fin, han realizado el ingenio y el trabajo de la criatura racional, en combinación con las múltiples fuerzas de la naturaleza; el mundo moral y material; en una palabra, todo lo que de grande encierra en sí este sublime momento del siglo XIX, está en aquel campo y bajo aquellas bóvedas congregate por la fuerza civilizadora de los pueblos modernos, para honra eterna de la humanidad....

Antes de salir para Dave quise, naturalmente, visitar la Exposición hipica, adonde mi afición por los caballos me llevaba, y de la cual han publicado ustedes una bastante completa relación en las columnas de EL CAMPO.

La supremacía del caballo pura sangre, como generador, aparecía allí notoriamente de relieve, y hasta en los caballos de arrastre me pareció que se distinguían, por la finura de sus articulaciones, los ingleses, sin desconocer por eso la magnificencia de los caballos belgas y franceses. Llamó desde luego mi atención cierta similitud de construcción y de movimientos entre los caballos rusos y los andaluces de las razas finas de Jerez, Arcos y Montellano.

No comprendo cómo, después de haber visto de cerca al caballo *Salvatore*, por ejemplo, después de haber fijado la atención en la perfección general de sus formas, en el aplomo de sus remos, en la flexibilidad y energía de sus tendones, en la finura de su piel y hasta en la nobleza de su fisonomía, pueda todavía por nadie ponerse en duda la necesidad y conveniencia de buscar en la cruce de nuestras yeguas con los caballos pura sangre el perfeccionamiento de la cría caballar.

Ajeno á una carta es entrar en detalles acerca de esta parte del general certamen que en París está teniendo lugar. Pero quiero consignar el sentimiento que me ha causado no encontrar en la Exposición ni un solo caballo español. Por grande que sea desdichadamente la decadencia de nuestra raza, ¿quién duda que hubiéramos podido presentar todavía algunos ejemplares de caballos, andaluces sobre todo, capaces de llamar la atención, si no por el vigor y regularidad de su construcción, que eso deja siempre bastante que desear, por la nobleza y alegría de su temperamento?

Cuando veía desfilar, llevados del diestro, los caballos ingleses, franceses, austriacos y rusos, no podía menos de sentir indignación y amargura contra los que tienen la misión de representar nuestros intereses en el extranjero, por su apatía en no haber llevado á la Exposición de la explanada de los Inválidos caballos españoles.

Mejor papel hubieran hecho sin duda que muchos de los productos industriales que se ven en la sección española del Campo de Marte, y que—¿por qué no he de decirlo?—se ruboriza uno ante ellos. Creo, si la primera impresión no me ha engañado, que en la Exposición de Madrid se presentaron productos nacionales, muy superiores, aunque en número escaso, á los que hoy nuestro Gobierno ha conseguido llevar á la Exposición de Francia.

No tengo tiempo para detenerme á consignar cuantas ideas levantaron en el ánimo los acontecimientos y los objetos que cruzaban rápidamente ante mi vista, porque quiero llegar pronto á Dave, adonde he venido en compañía de mis amigos el Duque de Fernán-Núñez y el Marqués de Ahumada, con quienes me reuní en el Hotel Bristol para tomar el ferro-carril del Norte, que nos condujo á las pintorescas orillas del Mosa.

Jamás he pisado el territorio de los Países-Bajos sin que la memoria de las antiguas grandezas de España cruce por mi mente. Los hechos heroicos de nuestros antepasados, que la historia registra, parece que toman cuerpo y vida contemplando estos parajes regados por la sangre de nuestros mayores. La mezcla de arquitectura gótica y morisca de sus viejos edificios, avivan naturalmente patrióticos recuerdos, y tristes paralelos cruzan por el pensamiento.

Después de dejar á Namur á la espalda, el Mosa, serpenteando dulcemente por un florido y extenso valle, se deslizaba delante de nosotros. Corría el ferro-carril al pie de una elevada colina, cortada á pico por la naturaleza, que presentaba el aspecto de una inmensa roca; tupido verdor adornaba sus puntiagudas cumbres; casas de campo de variadas formas y colores vivificaban el paisaje, cuya belleza aumentaba una frondosa isleta en medio del río, de cuyos árboles podía decirse, recordando los versos de uno de nuestros poetas:

Cuya bella corona sacudida
Mansamente por aire regalado,
Ya se mira en el agua y se retira,
Y luego vuelve y otra vez se mira.

La presencia de un coche con cuatro jacas españolas, enjaezadas á la calesera, me hicieron comprender que habíamos llegado al fin de nuestro camino: el Marqués de la Mina y el hijo menor del Duque de Fernán-Núñez, puestos de pie en el carruaje, nos saludaban desde lejos cariñosamente.

La locomotora con su previsor silbato se despedía de nosotros al mismo tiempo que nuestro carruaje, á trote largo sus caballos, pasaba por debajo de la portada de piedra que da ingreso al parque y jardín de esta preciosísima posesión de los señores Duques de Fernán-Núñez.

No voy yo, amigo mío, á hacerle á V. y á los lectores de EL CAMPO una pintura extensa ni detallada de este *Chateau*, puesto que así hemos convenido en llamarle. Pluma muy maestra é inteligente la ha descrito ya en nuestro periódico (1).

En el pórtico nos esperaba la Duquesa, alegre y placentera, cuyo amable trato no tiene para con sus amigos nunca interrupción.

El frondoso bosque, que se levanta detrás del edificio y más allá de los jardines que le rodean, poblado de árboles y cubierto de maleza, presen-

(1) Véase el número del 16 de Octubre de 1877.

taba una perspectiva tan escarpada, que ni el ardor de la caza creía yo me diesen bríos para escalarle; pero ¿cuál no sería mi asombro cuando, brindándome la Duquesa á pasear con ella aquella tarde, subíamos fácilmente en un lindo *milord*, por dos preciosos caballitos tirado, á los más elevados puntos de vista, á donde conducen caminos dibujados en cómodo zig-zags, y cuya conservación podía causar envidia á todas las diputaciones provinciales de España?

Corpulentos árboles proporcionan agradable sombra por doquiera y festonean los caminos; arbustos espesos sirven de albergue á los conejos, allí como aquí destructores, y proporcionan tranquila morada á los *chevreuils*, tan graciosos y ligeros co-

mo nuestros corzos; aunque creo que no son de idéntico linaje.

Nos detuvimos en el centro del bosque para visitar la casa del guarda, rodeada de una especie de jardín-huerta que una cerca de alambre defiende de la implacable voracidad de sus vecinos habitantes. La casa del guarda parece de juguete; de tal modo está limpia y cuidada. Dos hermosos perros, que ladraban enfurecidos al vernos, pugnando por desasirse de los collares, daban cierto carácter selvático á aquel paraje. El guarda, que es un flamenco alto, esbelto y simpático, salió á saludarnos con afable y respetuoso continente; y la guardesa, no tan bella, pero sí tan rubia como las mujeres de Vandyke, aunque honestamente

vestida por supuesto, venía detras con dos preciosos niños de la mano, invitándonos á que entrásemos á descansar en su habitación, tan curiosa y tan limpia como la fachada.

Un reloj de péndola y varias estampas de santos adornaban los muros. En una primorosa cuna descansaba un niño de pocos meses. Un sofá y sillas de madera, cuidadosamente conservadas, componían el ajuar de la familia que allí moraba; en bruñidos peroles vi un manjar blanco, que no sé si era harina preparada para amasar pan ó leche y nata. La limpieza y el primor reinaban allí hasta en los menores detalles, y una alegría dulce y tranquila se reflejaba en los miembros de todas edades de aquella pequeña tribu. Los ladrillos de los per-



DAVE.

ros, trasformándose á su presencia en dulces aullidos de agradecimiento y de halago, completaban el cuadro de aquella tranquila morada, en cuyo frontispicio bien pudiera escribirse con alegórica propiedad el *Beatus ille* de Horacio.

Le manifesté á la Duquesa, en español, idioma para el guarda y su mujer incomprensible, la grata impresion que me producian tan buenas gentes, y le pregunté si pasaban allí el invierno, tan crudo en aquellos países, perseguido de que vivirían hundidos en nieve algunos meses del año.

—Jamás salen de aquí, me contestó la Duquesa, y son los seres más felices que conozco; la dulce y respetuosa alegría que se refleja en sus semblantes, es en ellos eterna.

Después de una cariñosa despedida subimos de nuevo al *milord* y seguimos visitando el parque. Al llegar á una de las puertas de salida, el guarda que habíamos visto en lo alto del monte, ya nos esperaba para abrirla con la escopeta al hombro y la gorra en la mano; mientras nosotros nos habíamos visto obligados á seguir la senda de los carruajes, él había bajado en derchura salvando riscos y atravesando breñas tan ligero como los *chevreuils*, sus paisanos y compatriotas.

Dedicamos la mañana del día siguiente á una

ligera excursion marítima, y algunas horas antes de almorzar bajamos al embarcadero el Marqués de la Mina, el Marqués de Ahumada y yo, dispuestos á emular las memorias de Nelson y de Churrua con nuestras hazañas. Un esquife inglés de contornos gallardos y esbeltos nos esperaba al pie de la escalera; y desatando las cadenas que á ella le sujetaban, nos lanzamos intrépidos, no á la inmensidad de los mares por supuesto, sino á las plácidas aguas del Mosa.

Mis compañeros el Marqués de la Mina y el de Ahumada empuñaron los remos, y yo, merced al triste privilegio de haber nacido algunos años antes, sentándome en la popa, cogí los cordones del timon. Un sol capaz de competir, si no en intensidad, por fortuna nuestra, en brillantez con el que ilumina la Giralda, reflejaba sus rayos en las aguas del rio, tranquilo como un lago; los álamos y los chopos de sus orillas se retrataban en su transparente superficie; las casas de campo que pueblan aquellos contornos, con sus paredes blancas y rojas y sus plomizas techumbres, se destacaban en las verdes espesuras; praderas naturales, no ménos bellas que las que el riego y la mano del hombre fabrica en los más cuidados jardines, formaban las orillas que encauzan el rio por donde navegábamos y que baja por escalones, formando,

merced á los prodigios de la industria moderna, encantadoras cascadas.

Mis aristocráticos remeros bogaban con entusiasmo, y yo, como el pirata de Espronceda que tenía

«Asia á un lado, al otro Europa,
Y allá á su frente Stambul»

dirigí la proa del esquife que intrépidamente tripulábamos hácia las blancas espumas de la cascada.

El siglo XIX deja en todas partes majestuosas é interesantes huellas de su influencia; cuantos lo denigran están ciegos ó son espíritus hipocondriacos, por de más desagradecidos á la bondad divina ó á los impulsos generosos de la naturaleza y del progreso humano. Contigua á cada cascada del rio los esfuerzos del sér humano han colocado una esclusa que forman dos vigorosas murallas paralelas, y que completan dos inmensas compuertas de madera de doble hoja á quienes mueve, con dos medias ruedas de hierro dentadas, un solo hombre por un ligero manubrio. Cuando la embarcacion, chica ó grande, tiene que subir por el rio, se cierra la compuerta de arriba que detiene las aguas elevadas, y una vez el buque entre los dos muros, las medias ruedas en movimiento forman una pared con las compuertas que quedan á su popa y el agua entra

paulatinamente hasta subir el buque al alto nivel de la corriente; ábrese entónces, por igual procedimiento, la compuerta de delante, y el barco sigue, ya sea á impulso de los remos, de la vela ó del vapor, tranquilamente su camino. La ascension y el descenso se verifican en pocos minutos. Atracado nuestro esquife á la escalinata del muro, subimos á él, donde nos proporcionaron largas cañas de pescar, cuyas cuerdas arrojamamos á las batiétes de la cascada, con más deseo que esperanza de coger alguno de los hermosos *brochets* que saltaban á nuestra vista.

El sol con su movimiento ascendente, y nuestros relojes, nos anunciaron, ántes de obtener feliz éxito, que los Duques nos esperaban para almorzar, y descendimos al bote, que fué pronto dulcemente arrastrado por el favorable curso de las aguas. Los remeros permanecían tranquilos, y ellos y yo nos divertíamos en pronunciar frases que un eco, formado por la combinación topográfica de las montañas cercanas, repetía. Ni la satisfactoria explicación de las leyes de la acústica, ni lo repetido y vulgar del fenómeno, modifican, en mi organización al ménos, el asombro que me produce siempre esta repercusión de la voz humana á traves de las montañas.

El espíritu se forja la ilusión de que aquel gigantesco conductor del pensamiento puede llevar nuestras frases hasta el sér que en la imaginación reina, y todos gozábamos en repetir palabras que hubiésemos deseado llegasen al objeto amado, que no se acordaría de cierto ni de los Santos de nuestros nombres, y cuyo eco al retumbar se perdía en la vaguedad de las montañas.

Así entretenidos llegamos delante de Dave. Apoyados en la barandilla que circunda la explanada del embarcadero, nos esperaban, para almorzar, el Duque y la Duquesa, y todos entre bromas y risas, ponían en duda mi práctica marinera para conseguir que el esquife entrara por el arco que forma la puerta del embarcadero, sin tocar con sus paredes. Era una prueba decisiva para mi reputación de hombre de mar; pero yo, midiendo el impulso de la corriente con ojo certero y tino exquisito, penetré por el centro de la concavidad, obediendo el timon al menor movimiento de los cordones, y prorumpiendo marineros y circunstantes en estrepitosos aplausos. El orgullo de Colon al descubrir en el mar las yerbas y ramas que anunciaban la cercana tierra, sería inferior al que yo sentí al saltar de la lancha entre vivas y plácemes.

Un opíparo almuerzo y un rico cigárro de la Habana premiaron aquel inteligente esfuerzo de mis marítimos instintos.

El día siguiente era el destinado á la caza.

Yo, que disfrutaba siempre de los honores que se le tributan al recién llegado, iba en el coche de la Duquesa, acompañado de Mr. Wasseige, Ministro de Fomento cuando mandaba el partido católico de Bélgica, y con el cual, previa la presentación de ordenanza, había trabado amistad y conocimiento, charlando con él de política, pues éste es vicio contagioso, por donde quiera, en los hombres que se dedican, en mayor ó menor escala, á la vida pública.

A propósito del espíritu de crítica que en todos los países despliegan las oposiciones, y para probarme que los Flamencos no eran de un carácter tan serio como se les supone generalmente, me recitó unos versos satíricos que les habían compuesto á él y á otros compañeros suyos del último ministerio católico, y que, salvo algun error, procuré conservar en la memoria, porque me hicieron gracia:

*S' il tombe de la neige
C'est la faute à Wasseige,
S' il arrive un malheur
C'est la faute à Moncheur.
S' il y a un retard
C'est la faute à Beernaert.*

Añadiéndome despues, con placentero rostro, que él les había puesto por contera los dos siguientes:

*Si l'on fait une boulette,
C'est la faute à Saintelette.*

Este último es el nombre del actual Ministro de Fomento, que, como es sabido, pertenece al partido liberal de Bélgica.

—No en balde, dije yo para mis adentros al oírle, este país está en la frontera de Francia.

Es Mr. Wasseige persona agradabilísima y discreta; algo entrada en años; de inteligencia poco común y nada vulgares conocimientos; muy respetado en la localidad y que habla cuando quiere lengua walona (cosa no muy común en las personas de su clase); cualidad que le da, y de la cual él se ufana mucho, gran influencia electoral en los campos.

Alabándole yo luego su destreza en el tirar, me dijo que era fortuna pasajera de aquel día, y me contó con gracejo, á propósito de su torpeza de otras veces, que un ojeador le había dicho el año anterior en una cacería, viéndole errar todos los tiros.

—*Monsieur, vous avez le coup très-régulier.*

La observación era, en honor de la verdad, sin salvar los límites del respeto, irónica y chispeante.

Hecho el sorteo para ver el sitio que á cada escopeta le tocaba, comenzaron las batidas. A mí me tocó el número 2 y al ex-Ministro belga el número 3; de donde resultó, con gran contentamiento mio, que estuvimos vecinos todo el día.

La jornada era por de más curiosa para el que como yo cazaba por primera vez en aquellos lugares. Treinta ó cuarenta belgas procedentes de los pueblecitos contiguos á Namur, con blusas y pantalones azules, un saquito con el almuerzo en una mano, un palo en la otra, y gorra en la cabeza, servían de ojeadores y en nada se parecían, por cierto, á nuestros hombres de campo. No gritan allí como entre nosotros:—«¡Ahí va, ahí va!»—«¡Dónde andaréis que no saliréis!»—«¡Tópele, tópele!»—«¡Ja, ja, ja, ja!» y otras frases por el estilo, según es el lugar y la provincia en que se caza. En Bélgica dicen los que ojean: «*Rá, rrá, rrá!*» (Ignoramos cómo se escriben estas voces y lo que significan.)—«*Ramelue, ramelue!*» (Palo á las matas.)—Y cuando al final de las batidas salen faisanes ó perdices, gritan:—«*Garre haut, garre haut!*» (mirad arriba), avisando otras veces los sitios en que se oculta la caza, en la lengua del país:—«*Les pietris son tapies din les canadas!*» dicen (las perdices se han ocultado en las patatas).—Y *a rein on life deunc n'quoite!* gritan (aquí hay una liebre en la cama), y otras frases por el estilo que sería imposible conservar en la memoria.

No tienen ciertamente los parques de caza de Bélgica la alegre fisonomía de los cotos del Mediodía de España; no florece allí el romero ni embalsama el tomillo el aire con su fragancia; pero la gran elevación de sus árboles; la espesura de sus follajes; el tupido y constante verdor del suelo, de los troncos y matas; la templanza del sol; el frecuente paso de blancas y cenicientas nubes, que en ocasiones velan la tierra con sombrías tintas, dan á aquellos bosques cierto aspecto de melancolía y de grandeza. Son allí, las liebres principalmente y los conejos de talla corpulenta, comparados con los que en España se crían, y tienen el color más pardo y el pelo más largo y ménos fino que los nuestros. La presencia de la primera liebre en el ojeo me hizo una impresión tan rara, que la erré, á pesar de que no venía muy rápida. Motejándome por la torpeza mis compañeros de caza, yo les dije que al ver las dimensiones y el color de la liebre me había quedado sorprendido, creyendo que era un Flamenco que iba de paseo, y que no quería cometer un asesinato, explicación que me atrajo, por supuesto, la silba más estupenda.

El momento más bello que tienen estas cacerías es sin duda cuando vuelan faisanes ó entran *chevreuils* en la batida. Lamartine ha descrito con su inimitable estilo el apacible dolor que se refleja en la muerte del ciervo, pues el *chevreuil* es al ciervo lo que un niño hermoso, que frisa en la pubertad, es al hombre fornido en la plenitud media de la vida. No sé por qué el *chevreuil*, bajando á los arroyos y subiendo las colinas, inspira una alegría que tiene algun punto de contacto con el recuerdo que han dejado en el ánimo las palpitaciones del corazón ante la mujer que levantó en nosotros las primeras simpatías; y el ciervo, con su gallarda é inmensa arboladura, salvando ágil precipicios y cascadas, nadando por encima de los montes, volviendo su gallardo cuello para contemplar valiente la trailla de perros que ladra furiosa en su seguimiento, nos hace latir el pecho con una emoción semejante á la

que sentimos en horas de celos y de dudas, ante la presencia de un sér amado. Por estrambóticas que parezcan estas comparaciones, son, sin embargo, propias, pues tan misteriosa es la cadena que eslabona las impresiones y los sentimientos del organismo humano. El pardo pajarillo que revolotea; la alondra, que se cierne sobre nuestra cabeza cantando; la cándida codorniz, imagen de la inocencia; la pulcra perdiz, gris ó roja, que apenas toca con sus patitas el suelo, ó que, abiertas sus alas, ya se eleva sobre los montes más altos, ya se descuelga confiada por las más rápidas vertientes; el faisán, adornado de vistoso plumaje; el conejo, que astuto y gracioso campea, atento con sus movibles orejas al más leve ruido; la liebre, que tranquila reposa en la cama que ella misma se ha fabricado, disfrutando de los rayos del sol y del céfiro blando que impregna de voluptuosidad el ambiente que respira; el corzo, con las elegantes líneas de sus contornos, con la agilidad seductora de sus movimientos, con la candidez simpática de su mirada; el ciervo, altivo y gallardo; la jabalina, querenciosa de sus pequeños hijuelos; cuantos seres, en fin, habitan en los bosques, trinan en las espesuras, ó se anidan en los árboles, no pueden ménos de levantar en el ánimo del hombre, y aún más en el sensible, impresionable y nervioso organismo de la mujer, atracción y simpatía. Y sin embargo, se extienden las escopetas en la ballesta, suenan los caracoles de caza, laten los perros, se oyen los gritos de los que ojean, las perdices pasan sobre la cabeza de los cazadores, movimiento imperceptible de las matas anuncia apenas la presencia de un animal viviente, y el corazón de todos se agita arrebatándose un sentimiento de destrucción, de muerte y de sangre. El tiro certero levanta general entusiasmo. La muerte brutal con sus contorsiones grotescas no horroriza; el sér un momento ántes bello, es despiadadamente perseguido; su muerte se saluda con palmas de júbilo, y si logra salvarse, gritos de desesperación furiosa le siguen hasta los más ocultos antros de la tierra.

Tal es el misterioso é incomprensible fenómeno de la caza, y las inexplicables contradicciones de la naturaleza.

El día, por lo demás, fué bastante dichoso; los árboles del bosque, cubiertos de hoja todavía, nos prestaban grata sombra; la lluvia, allí frecuente, no vino á aguar nuestra diversión.

Matamos entre todos, en poco tiempo, un centenar de conejos, una treintena de liebres y siete *chevreuils*, dos de los cuales fueron muertos por un certero disparo de la Duquesa de Fernan-Núñez, que recibió de todos los concurrentes las enhorabuenas que merecía lo extraordinario y afortunado del suceso.

No faltó, por supuesto el consabido *gouté*, que entre nosotros se llama *el bocadillo*, compuesto de exquisitos fiambres, ricos vinos y frescas frutas, volviendo á las habitaciones ántes de que las sombras de la noche cubriesen con su velo jardines y parque.

Para los aficionados á la caza; para cuantos sienten las bellezas del campo; para aquellos en quienes las hojas de matizados colores y las flores de mil clases diferentes, formando primorosos dibujos, ejerzan seducción; para todo organismo, en fin, sensible á las bellezas del mundo orgánico y á los atractivos de la amistad más cariñosa y franca, Dave es un lugar encantado é inolvidable.

De vuelta á París, donde me he detenido unos días para saludar otra vez y decir adiós á mis amigos los Sres. de Baüer, dar un beso de despedida á la gentil Paulina, á Gustavo, Manolo y Fernando, que han venido con sus padres á pasar el verano en los pintorescos alrededores de esta especie de Babilonia moderna, cierro y le envío esta carta, escrita á escape, y que no tengo tiempo para acabar como quisiera, más como recuerdo de la amistad que le profeso y de mi deseo de proporcionarle original para EL CAMPO, que por abrigar la pretensión de que merezca ser leída.

Suyo

JOSÉ LUIS ALBAREDA.

París, 27 de Setiembre.

LA NOVELA DEL COLMENAR.

(HISTORIA NATURAL Y SOCIAL DE UNA FAMILIA DE ABEJAS.)

*Protinus neri mellis coelestis dona
Exsequar.*—(VIRGILIO.)

I.

El pueblo socialista de las abejas, que Dios echó al mundo en uno de los más inspirados momentos de la grande obra, habíase procreado tanto como los hijos de Israel, en los colmenares de Miraflores. Era difícil á una abeja de principios salir de paseo por solitario paraje donde pudiera gozar á solas el amor de un zángano hemínóptero. En cada flor de tomillo había cien insectos, y sobre cada arroyo volaba una multitud de activas obreras sin encontrar cosa de provecho para su feliz y bien administrada república. Pensad lo que acaecerá en el mundo dentro de ocho siglos, cuando haya más hombres que árboles, más mandíbulas humanas que carneros comestibles, y formaréis una idea aproximada de la pena que afligía al alado pueblo de la colmena. Las más ancianas abejas celebraron un consejo para decidir cómo iba á resolverse el problema de la subsistencia, y—¿quereis creerme?—hubo en aquellos discursos tanta ciencia como en el Ateneo cuando se discutía el problema social; porque todos convinieron en que aquello iba de mal en peor, y en que no había remedio posible contra el hambre de la meliflua gentecilla. En una palabra, lo mismo que en el Ateneo.

—Señora,—dijo uno de los zánganos dirigiéndose á la Reina ó Muesa del pueblo.—No se nos ocurre modo de evitar el conflicto. Yo mismo, por complacer á V. M., y dolido de la amargura de este vecindario heroico, he abandonado la proverbial pereza de mi ilustre prosapia masculina para reconocer los reinos que por derecho divino os corresponden, y todo lo hallé esquilado, pobre, en espantosa desnudez y desolación. El jardín natural de esta montaña guarramesca ha sido profanado por bárbaros é incultos leñadores, más crueles que la segur que manejan como sus propios dedos; segados están ya, por esa insaciable raza humana, los dorados trigos, donde los amapolos y campanulas nos brindaban ¡ay! con sus jugos embriagadores, y hasta la viña cercana vese ennegrecida por la horrible *phylloxera*, cólera-morbo de las cepas generosas. No hay más recurso que morir. ¡Muramur!

El zángano que echó este discursazo, y que, según luego se supo, era académico de la de *Hemínópteros lilíáceos*, salióse volando de la estancia oblonga en que el congreso se celebraba, y la reunión iba á dispersarse con la mayor tristeza, cuando hete aquí que entra, metiendo mucha bulla con las alas y perseguida por cincuenta ó más zánganos feroces, una abeja negra, de peludo coselete, moradas alas y ojos dorados como el sol.

—¡Amparame, majestad excelsa!—exclamó prosternándose ante las gradas del trono de la *Machiega*.—¡Vuestros súbditos quieren matarme, por el frívolo pretexto de que soy extranjera en esta patria que tiene la gloria de que la gobernéis vos, ¡oh ilustre princesa!

No se sabe si movida de compasión, ó por pura vanidad monárquica, mandó la Reina á los perseguidores de la abeja que se guardasen de tocarla al pelo de su coselete—esto es, al pelo de su ropa—como del más grande crimen, y que la dejarán reposarse para que pudiera contar su historia, á que prestaría toda su real atención.

—¿De dónde vienes, abeja descarriada?—preguntó la Reina.

—Vengo del país de donde sale el sol; de un país donde hay verjeles sin explorar, terrenos vírgenes, aguas cristatinas y romero y lentiscos á lo que pidas boca, como vulgarmente se dice.

—¿Cómo has abandonado ese país feliz por el nuestro, desgraciado y misérrimo?

—Ay, señora! Mis desventuras me obligaron á ello. Por malos de mis pecados me empeñé yo en cambiar la Constitución política de aquella República en que vivía; produgué mis discursos contra el socialismo, y la Reina, una tiranuela de tres al cuarto, descendiente de cierta familia que labró miel allá en Roma para el vil Tiberio, mandó que se me asesinara. Súpelos á tiempo y hube de abandonar la morada de mis mayores por el vagar inquieto y azaroso del desterrado. Así llegué á vuestros dominios, como amiga, dispuesta á rendiros vasallaje y á prestaros mi concurso en cuanto os viniere en voluntad.

—Pues cuenta con mi apoyo—se dignó decir entonces S. M. hemínóptera.—Pero es preciso que comiences por salvar á nuestro pueblo de la miseria que le aflige.

—¿Cómo?

—Guiándole á ese país feliz en que vivías. Las cosas se harán de esta manera: mañana, al rayar el alba, saldrán de mis colmenas *siete mil* abejas. Tú las conducirás sin demora á la venturosa tierra de promisión que te dió el sér, y en ella se establecerán estos *siete mil* súbditos míos bajo tu dirección absoluta y responsable, ¿lo oyes?... ¡responsable!

Agradeció la real merced la abeja negra, y al amanecer del día siguiente, que acertó á ser el de..... Pero esto merece capítulo aparte.

II.

Abisnt et picti squalentia terga lacerti.
(IBIDEM.)

En la madrugada del día siguiente, que acertó á ser el 18 de Mayo, salió del colmenar la hueste emigradora. Hubo despedidas tiernísimas, besos interminables y abrazos íntimos y amorosos, porque se puede ser abeja y se puede tener un corazón sensible. Por fin, á las cinco de la mañana se puso en marcha, esto es, en vuelo, el ejército abejuno. Eran 7.000, ni una más ni una menos, y todas formadas

en ala, como las tropas de Napoleón el día de Wagram, avanzaban por la tibia atmósfera, siguiendo á la abeja negra enemiga del socialismo. La madrugada, hermosa y apacible, convidaba al viaje.

—¡Alto!—gritó de repente la abeja emigradora.—¿No os parece que este lugar es bueno para fundar nuestra república?

El lugar era bueno en efecto: en un rellano, protegido de los vientos del Norte por natural murallón de granito, crecían, con abundancia paradisiaca, petunias y miramelindos, alelles y carraspiques, tribus de valerianas rojas y *amores-mil*; un arroyuelo, gran paisajista, copiaba aquellas bellezas de perspectiva como lo hubiera hecho Gesa, el pintor de las flores; y para colmo de felicidad, cinco ó seis chaparros de oscura hojarasca, dura y metálica cual las hojas de acanto de una verja de catedral gótica, ofrecían liberales sus añosos troncos, huecos y horadados por de dentro, para provisional domicilio de las viajeras.

—¡Magnífico!—exclamó un zángano literato.—Este es el país de Ossian.

—¡Bien debe vivirse aquí!—añadió un zángano *gourmeuz*, discípulo de Epicuro.

—Esto reúne todas las condiciones que aconseja la experiencia de nuestros abuelos,—repuso otro.

En suma: se acordó quedar allí desde luego y empezar las obras de instalación, sobre la marcha. Bien pronto quedaron terminadas. La actividad del nuevo enjambre era asombrosa. ¡Qué ir y venir, sin cesar un punto, desde el gran montón de zarzas en fruto á los carrascales! ¡Qué acarreo sin tregua del barniz con que se cubren las interiores paredes de la colmena! ¡Qué acopio de cera y de azúcar! A los quince días aquello era un verdadero colmenar, y el pueblo emigrante pudo dedicarse al descanso deseado.

El zángano académico juzgó ocasión oportuna aquella para pronunciar un *speech*, y congregando á la hora de la siesta á la alegre muchedumbre, arrullóla en su sueño con las siguientes palabras:

—Ved, hermanos míos, cómo la felicidad existe sobre la tierra. Ved cuán tiempemente nos habíamos dejado engañar por los místicos, cuanto éstos nos aseguraban que sólo al otro lado de ese umbral sombrío que separa la vida de la muerte podría encontrar su cachito de cielo cualquiera abeja de buena voluntad. Ved cómo hemos clavado la rueda de la fortuna. Ved....

Pero aquí, de improviso detuvo el chaparrón de su elocuencia: primero, porque observó que ya se había dormido su auditorio, y además, porque acababa de impresionar horriblemente sus ojos un espectáculo espeluznante.

Un lagartazo enorme penetraba en la colmena con la fría boca abierta y la amenazadora lengua flechada en oscilación asquerosa.

Las abejas se alarmaron. Su enemigo era grande, formidable. Halláronse allí con un gigantazo á quien combatir, ni más ni menos que les sucedió á los liliputenses cuando Gulliver el marino arribó á sus costas. Afortunadamente para las abejas, no era la primera vez que veían asaltado su domicilio por el verde saurio, y sabían cómo vencerle. Todo el rebaño alado se puso en pié de guerra; echáronse suertes sobre la capa de un zángano viejo, y los elegidos por el azar para vengar el honor de la casa volaron sobre el lagarto, que ya saboreaba un buen trozo de panal amarillento y limpio como el oro fundido. De repente una de las abejas separóse de sus compañeras y cayó sobre el lagarto, clavándole su aguijón en el lomo. El repugnante bicho recogióse con dolor sobre sí mismo; otra abeja le hirió, y ántes de que haya tenido tiempo de contarlos, cien hemínópteros le han puesto su par de banderillas al *cuartito*. Para acabar con el invasor, otras mil abejas se posan en su cuerpo, trayendo todas su lanza mojada en el activo veneno.

Cinco minutos después, el lagarto había fallecido. Aquella victoria costó la vida á muchos súbditos de la Reina abeja.

Hé aquí por qué, al reanudar su discurso el zángano sabio, exclamó:

—Es preciso que modifique algun tanto mis anteriores afirmaciones. El pueblo de las abejas sería feliz, completamente feliz, si no hubiese lagartos golosos y *fourieristas*.

III.

*Aliaque volucres,
Et manibus Proene pectus signata cruentis.*
(IBIDEM.)

Aliaque volucres, sí, señor; una caterva de pájaros de cuenta, que con los peores instintos y tratando á aquel honrado pueblo, lo mismo que si fuese una cuadrilla de malhechores, fijó su nido en la misma copa del árbol que servía de vivienda á la república abejuna.—Era una familia de aves de largo pico, muy enfatuados con sus casacas encarnadas y azules, con sus calzones amarillentos, con sus moñitos vistosos de dorada pluma coruscante, y que creían de buena fe ¡los muy pillos! que todo el mundo era suyo porque ellos eran guapos. ¡Miren qué donaire. ¿Qué bien le traían á la creación con su belleza? Fabricaron su nido en lo más alto de una sombría carrasca, y desde allí espíaban la salida de las laboriosas obreras para ir á devorárselas cuando las pobres tenían ya la miel en el vientre.

El señor Abejaruco y Compañía (tal es la razón social de los asesinos depredadores) se portaba de una manera horrible.

Había llegado el día de prueba para los hemínópteros: si abandonaban la colmena, la compañía de *apifagos* les hubiera diezmado cruelmente; y si permanecían dentro del árbol, corrían el riesgo de asfixiarse, porque el cuerpo del saurio, ya en estado de putrefacción, tenía en peligro la salud pública de la villa y muy preocupada á la Junta de Sanidad de ella.

—Es preciso adoptar una medida sabia,—dijo la Junta. Y como para esto hacía falta un sabio, llamaron al sabio de la colmena, el cual entró en la estancia ajustándose los quevedos sobre la trompa chupóptera.

—Ya sé lo que deseais, celosos junteros, y traigo el remedio apercebido.

—¿Que lo saque!—gritaron los impacientes.

—Todos le tenemos en el estómago.

—¿Cómo!—replicó uno.—¿Quereis que nos comamos á ese repugnante sobrino de D. Caiman? ¡Primero la muerte!

—Yo no quiero eso. Lo que yo quiero es que le cubramos de cera. La cera es impenetrable é incorruptible. La química lo demuestra. Yo respondo de que, una vez enterado el fiero enemigo del gran pueblo hemínóptero, cesará el cólera en nuestra patria.

Aprobóse la proposición higiénica, y al otro día comenzó á cumplirse. Cuando una media libra de cera ocultaba el putrefacto cuerpo del reptil, un académico de la Historia propuso colocar encima de la balsámica tumba un obelisco en que se grabara esta leyenda: «*A los vencedores de la más inicua de las lagartadas; la patria agradecida.*» También se aprobó este proyecto y fué realizado con no menor celeridad que el otro, porque las abejas tienen el más provechoso de todos los heroísmos, el heroísmo de la actividad. Aquella noche se celebró la inauguración del monumento con un baile de corte que estuvo brillante, y que yo describiría si mi amigo La-Kasab me hubiese prestado su analítica pluma de revistero. Como no dispongo de ella,—que en mejores manos anda,—habré de limitarme á referir que aquella noche la pasaron en claro las señoras abejas; que abundaron las aventuras de amor; que la Reina Abeja se dignó coquetear (*flirtear*, como ahora se dice) con varios zánganos de buen ver, y que al venir el alba dormían todos á pierna suelta, sin cuidarse de salir á busca de provisiones para su labor de confitería. Entregada á sueños, dulces como la miel que le rodeaba, pasó una hora la Reina imaginando que en el cáliz de una azucena gozaba de las galanterías de un zanganito imberbe; de pronto despertóla una sacudida violenta. Una oscilación había conmovido á la ciudad toda.

—¿Qué ocurre?—gritó la Reina desmayándose como una modista cualquiera.

Acudieron sus doncellas en paños menores y la socorrieron con pomitos de aromas de magnolia y nardo.

Una abeja entró consternada en Palacio para explicar el origen de aquel terremoto.

—¡Oh desgracia!—exclamó.—Habeis de saber que el dueño de un colmenar que aquí cerca alza sus bardales, llegó esta madrugada con cuatro criados para buscar *enjambres*. No ignorais que éste es el nombre vil y degradante con que nos conoce la industria humana, cuando, separándonos de la comun república civilizada, nos retiramos á apartado lugar donde solemos fundar otras repúblicas nuevas. Pues bien; el colmenero ha serrado la copa del árbol en que vivimos; ha serrado después su tronco, le ha puesto á lomos de una asna, la cual, á puros trancos de su inaguantable trotecillo, nos trasportó, mientras dormíamos, desde el independiente y libre campo á la corraliza que luego veréis, y al desmontarnos de la cabalgadura, no ha podido evitar que recibamos el susto que nos ha dado á conocer la verdad de nuestra situación.

Circuló esta noticia por todo el pueblo hemínóptero como un relámpago, causando donde quiera lamentos y dolor profundísimo.

Este mal sí que era irremediable! Ni la Junta de Sanidad ni el zángano sabio supieron gobernar aquello.

Desde entonces, las abejas del cuento moran en un colmenar de que es dueño un amigo nuestro, que es el que nos ha contado lo queda referido sucintamente. Este amigo nuestro explota la actividad acuciosa del rebaño alado; y como entiende su lenguaje, suele pasar grandes ratos escuchando lo que murmuran dentro de la colmena. El otro día hablaban de este modo el zángano sabio y una abeja kraussista:

—¡Yo sigo en mis trece!—exclamaba aquél.—Nada puede convencerme de que el mundo no es bueno, ni de que la vida no tiene más de agradable que de enojoso. Si; las abejas serían felices si no hubiese lagartos, ni abejarrucos, ni hombres.

—¡Sois gracioso!—replicó la obrera filósofa.—Decidlo de otro modo y tendréis razón: decid que las abejas serían felices si no hubiera en el mundo más que flores!

J. ORTEGA MUNILLA.

LA PHYLLOXERA VASTATRIX,

INSECTO SECA-BOJAS DEVASTADOR.

Encabezamos este artículo con el nombre y el apellido (digámoslo así) del terrible insecto devastador que tanto alarma actualmente, así al Gobierno como al propietario vitícola español, y también á los sabios de Europa.

Al solo anuncio de la posibilidad de su venida á España, constituyese en Madrid una Comisión permanente de los sabios de primer orden y más distinguidos entomólogos: las Cortes del reino, por ellos ayudadas, legislan sobre su más pronto y radical exterminio, dando ántes severas órdenes y medidas de carácter durísimo, encaminadas á evitar su invasión en nuestra patria; y como primera consecuencia de las leyes que contra el maligno insecto se fulminan, fórmanse, además de una Comisión central de defensa contra la filoxera, Juntas ó Comisiones en todas las provincias, bajo la presidencia de sus Gobernadores: á estos centros de prevision, saber y de defensa, son llamadas las personas científicas, oficiales y extraoficiales, que se sospecha puedan contribuir con sus conocimientos especiales á la extinción de tan temible huésped.

Y en Málaga, por desgracia, según parece, primer centro filoxérico oficial, se establecen conferencias teórico-prácticas, con el fin de estudiar y dar á conocer los caracteres de tan temida y funesta plaga, que aumentando las que sobre todos pesan y gravitan ya, cual gruesas losas plomizas, nos alarma y nos pone á todos en el deber patrió-

tico de defendernos de sus perniciosos estragos, y en el de contribuir (en la medida que nuestras escasísimas fuerzas científicas lo permiten) á dilucidar y escoger el medio ó medios más conducentes para la extirpación más radical y pronta de semejante nueva plaga.

Aunque yo no pertenezco á ninguna de las comisiones provinciales, ni á la central, ni á la permanente ni al Congreso filoxérico establecido en la Corte para la defensa contra la filoxera, no por esto creo deber de dejar de ofrecer mi óbolo en asunto tan patriótico y de tan trascendental interés, por más que tan insignificante él sea y de tan escasísimo valor mis conocimientos científicos sobre el asunto que, anteponiéndome á mis censors, si llego á merecerlos y tenerlos, me proclamo yo previamente el más ignorante, y por consiguiente el menos apto para tratar asunto tan desconocido.

Cuando las Cortes, en su alta sabiduría, decretan y S. M. el Rey sanciona la ley de 30 de Julio próximo pasado, encaminada á evitar la invasión, la difusión y propagación de la *Phylloxera vastatrix*, es indudable que las prescripciones en ella comprendidas serán las más convenientes y más acertadamente escogidas para prevenir el mal general que nos amaga con la pérdida del arbusto más preciado de España, cual es la vid asiático-europea, que aquí empíricamente cultivamos.

Patentiza esta verdad el solo hecho de que la confección de esa ley es debida á las lumbreras científicas y notabilidades de primer orden entre las personas más ilustradas de nuestra patria, preparadas de antemano al objeto por medio de viajes al extranjero y puntos donde reside la filoxera.

Y aunque algunos de sus artículos, por ejemplo el 9.º, el 10.º,..... tan excesivamente duros parezcan, por cuanto privan hasta del derecho á cepas á los dueños de viñas no atacadas ni contagiadas, dentro del radio de 20 metros de distancia de las últimas infectadas y contaminadas por el destructor insecto, si ése es el único, si ése es el radical y específico medio de cortar la propagación del mal, es incuestionable que el bien general aconseja y exige tan extrema medida; y por más que parezca que lleva las apariencias de un ataque á la propiedad sana, limpia y libre de poder contagiarse, puesto que carece del elemento infectante, no podrá ser considerada como atentatoria á derecho ninguno, si ella atiende y sostiene incólume el interés y el bien general.

Acatemnos, pues, y respetemos la ley bienhechora de defensa contra la filoxera; empero que sea permitido á la acción individual, siquiera la ejerza el más insignificante de los viticultores, y el de más escaso valor científico, como sucede al presente, expresar su disconformidad y distinto modo de ver respecto de algo que en ella se contiene.

Sentado el principio cierto de la escasísima importancia que tener pueda mi opinión, contraria al espíritu que redactó algunos de los artículos de dicha ley, voy á permitir consignar breves observaciones sobre mi modo de ver y juzgar en la ardua cuestión del ataque, contagio y desarrollo de la plaga filoxérica y modo de atajar el mal; plaga que la juzgo análoga á la que pudiera producir el oidium, el pulgon, la piral de la vid, ú otra de las muchas enfermedades y parásitos á que está sujeta, así la vid, como todo ser viviente, ya pertenezca al reino vegetal ó al reino animal.

Todo organismo animal ó vegetal procede de un germen dotado de los requisitos necesarios é indispensables para su crecimiento y completo desarrollo, según su naturaleza, cuya misión llena siempre inconscientemente y fatalmente, á menos que causas externas al mismo no vengán á impedirlo, venciendo en lucha su natural y siempre tenaz tendencia. En virtud de estas dotes ó facultades, que constituyen una parte fundamental de su esencia, el organismo animal nace, crece, se desarrolla, á la vez que su admirable propiedad ó virtud de reproducirse, llega á su máximo crecimiento, emprende su carrera descendente, entra en la decrepitud ó vejez, y por fin muere, cerrando el maravilloso círculo de su completa evolución.

El organismo vegetal lleva igualmente impresas en sí mismo, como parte integrante y principal de su primera esencia, todas las condiciones necesarias é indispensables para su germinación, su crecimiento y completo desarrollo, y su eflorescencia, fructificación ó reproducción, para cerrar con su muerte el no menos maravilloso círculo completo de la evolución á que fué sometido por el Supremo Hacedor en su primitivo origen.

Para que el ser orgánico, animal ó vegetal, recorra el círculo vital de su normal evolución completa, necesita, además de esta facultad interna, que en sí lleva inherente, el concurso de múltiples condiciones biológicas, necesarias é indispensables también en las diversas fases por que va pasando; más si alguna de éstas le falta, si alguna causa externa se interpone, impidiéndole su natural evolución, se entabla una verdadera lucha entre las dos fuerzas opuestas, ó potencias antagonistas naturales, y enferma un organismo, ó muere, si es vencido en la lucha, ántes de recorrer su normal y natural evolución completa.

La vid y la filoxera son dos organismos, vegetal el uno, animal el otro, dotados igualmente los dos de la fuerza interna necesaria para recorrer sus círculos evolutivos correspondientes; aunque antagónicos, ancho, dilatado y utilísimo al hombre, el de la primera; estrecho y limitado el de la segunda; más ésta con tal potencia procreadora, que la hace capaz de aniquilar produciendo la muerte de la primera, si sale victoriosa en la lucha.

Si esto es una verdad, y si lo que pretendemos es lograr la salud de la vid y la muerte y exterminio de la filoxera, no parece natural ni lógico el que, cuando la lucha se entabla entre los dos organismos y aparece la vid infectada, en su consecuencia, por el insecto microscópico denominado filoxera, decretemos el arranque de la cepa y su incineración, para reducirla, al mismo tiempo que á la filoxera, á sus principios elementales, aniquilando á la vez á los dos combatientes.

No es seguramente la vid ó cepa el enemigo que combatir debemos, siquiera se halle ésta infectada; ni mucho mé-

nos la vid sana y limpia, colindante en el radio de 20 metros con la infectada, sobre la cual, no obstante, recae el terrible cuchillo de la ley, que puede causar indudablemente tan graves daños como el verdadero enemigo en nuestros viñedos.

El enemigo que combatimos es, á no dudarlo, la filoxera, ese devastador sér invisible que, con la prodigiosa fecundidad en su reproducción y su pasmosa voracidad, nos priva del fruto de la vid, que constituye en España uno de los ramos más importantes de nuestra riqueza agrícola.

Parece, pues, natural y lógico que, en vez de descepar y quemar nuestros sarmientos en la zona infectada y en la de precaución, removiendo el terreno hasta no dejar en él ni la más pequeña raicilla de ellos, como la ley lo dispone, debemos aprestarnos á combatir solamente á la filoxera, no sólo para impedir su invasión en nuestras viñas y majuelos, y su difusión y propagación, sino para producir su completo exterminio, fomentando empero á la vez la salud de la vid, en vez de destruirla.

Si al emprender tan titánica batalla con esos enjambres de seres, tan microscópicos como perjudiciales á nuestro interés general, empezamos por confundir con nuestro enemigo, la filoxera, á nuestro aliado y protegido, la vid; si desde el principio de la guerra y del combate decretamos la destrucción y muerte, así del enemigo como del aliado y protegido, es seguramente cierto que al fin de la pelea nos encontraremos siempre con desgracias que lamentar, con intereses cuantiosos perdidos, y con lágrimas de arrepentimiento que derramar, aún en el caso favorable, y bien dudoso por cierto, de salir victorioso contra la filoxera.

Si me es permitido expresar mi poco autorizado criterio sobre este tan arduo asunto, forzoso me es manifestar que no me parece acertada la marcha trazada por la ley sugerida por el Congreso filoxérico; y que más que una medida reparadora de los inmensos daños, que puede inferir en nuestro viñado la invasión de tan formidable enemigo, parece una ley encaminada á aumentar los perjuicios que se han de sentir, si, por desgracia, nos invade nuestro temible enemigo, y se propaga y extiende por nuestras viñas y majuelos con sus numerosos enjambres; si, más que una sensata ley surgida en un Congreso científico, consagrada á extinguir un mal general, atenuando al menos sus consecuencias, ella parece á mi vista una furibunda orden lanzada de un club revolucionario, en estado de desesperación, en la que se proclama el exterminio de los combatientes de ambos bandos beligerantes, sin tregua, sin cuartel, y sin la omisión de medio ni gasto, que á dicho objeto conduzca.

A mi modo de ver, para entrar en la buena senda, en el camino que aconsejan la recta razón y la ciencia de consumo, vereda que puede conducir al logro del triunfo de la vid contra la filoxera, sin la destrucción de aquélla, se debe empezar por favorecer la salud de la vid, fomentando y vigorizándola por medio de la importación á sus raíces de todos los elementos nutritivos, de todas las sustancias asimilables, que para su crecimiento y desarrollo la son convenientes é indispensables, siendo, como quizás es, la falta de alguna de éstas la causa primera y fundamental del origen y desarrollo de la filoxera, que si á Europa vino desde América, allí surgiría, acaso, de la escasez ó absoluta falta en el suelo de alguno ó varios elementos asimilables, necesarios é indispensables á la existencia normal de la vid. Y, si esto no, ¿de dónde vino á la América el germen de la filoxera? y ¿en dónde se conservó, apto para su transformación en infinitos enjambres, en los remotos siglos pasados, sin causar á la humanidad el menor daño en sus viñas y majuelos, únicos almacenes que le suministran su sustento? ¿De dónde viene, de qué procede, cual es, en fin, la razón de que la filoxera se nutra y viva y se reproduzca á expensas de los pójos de la vid americana, siendo no obstante un insecto casi inofensivo á esa vid, y venga á ser, por el contrario, tan destructor, tan terriblemente funesto á la vid asiático-europea, que la seca, la aniquila y la mata, imposibilitándola que recorra su círculo vital, de tal modo y con tal energía, que sólo el arranque de la cepa y su incineración es lo que, en juicio del Congreso filoxérico, puede contener sus temidos estragos?

Si es cierto, como lo tiene manifestado uno de los miembros del Congreso filoxérico español (y yo juzgo en ese punto lo mismo que él), que el sistema de plantación y cultivo de la vid asiático-europea seguido por espacio de más de tres mil años, ha podido debilitar la constitución de este precioso arbusto, despojándole de la fuerza de resistencia que le hubiera proporcionado su rusticidad primitiva. Si él mismo reconoce igualmente que hay un gran fondo de verdad en las reflexiones que se le hacen por otro miembro del mismo Congreso, sobre el empobrecimiento de la tierra y el descuido secular que el hombre ha demostrado siempre en devolver al suelo los principios fertilizantes que le roban las plantas que en él se cultivan. Si todo esto explica, siquiera sea hasta cierto punto, como él dice, la prodigiosa rapidez con que el parásito destruye los viñedos que invade en el antiguo mundo, ¿cómo dudar que el primer paso que hay que dar en la buena senda, en el camino que aconsejan la razón y la ciencia, es, como dejo expuesto, favorecer la salud de la vid, fomentando y vigorizándola para la importación á sus raíces de todos los elementos nutritivos que la son necesarios é indispensables? Y ¿cómo comprender que en vez de esto se decreta, como se ha hecho, el arranque de la cepa infectada y de las próximas, con desinfección del terreno que unas y otras ocupaban, y prohibición por seis años de su replantación?

Si el aludido vocal del Congreso filoxérico, ya que fué testigo presencial en Inglaterra ó en Francia, según tiene manifestado, de que arrancando la vid infectada, limpiando cuidadosamente sus raíces del insecto devorador, y plantándola de nuevo en el terreno desinfectado, el arbusto, que sin este remedio hubiera sucumbido irremisiblemente, recobra poco á poco su salud, y vuelve á su estado normal de robustez y producción; si ese vocal, repito, ya que tal convicción tiene de la bondad del remedio que, no sólo aprendió en los libros, sino que le vió prácticamente, hu-

biere al menos tratado de consignarle en la ley que confeccionó con los demás congregados, y sobre todo, si los viticultores hubieran visto en la ley ese remedio á la dolencia reinante en vez del arranque y quema de la vid, no se preguntarian, como lo hacen, ¿qué se pretende con esa ley? ¿acaso la destrucción de nuestros viñedos? ¿no puede llegar á ser peor el remedio que la enfermedad? ¿es ley de defensa contra la filoxera, ó de destrucción de nuestro más útil arbusto?

Aunque la plaga filoxérica en Europa se haya visto por primera vez en 1863 en los invernáculos, que los ingleses llaman *grapperies*, destinados á la producción de uvas de mesa, y aunque Inglaterra no haya tenido nunca viñas al aire libre, y el establecimiento de sus *grapperies* sea tan moderno como se quiera, nada absolutamente prueba esto respecto á que aquel terreno careciese y carezca de uno ó algunos de los elementos nutritivos necesarios é indispensables á la salud de la vid; un suelo puede estar empobrecido, fatigado ó agotado de aquellos elementos asimilables, necesarios é indispensables al cultivo de la vid, ya por una larga ó secular cosecha de vino, que arrebató al terreno aquellas sustancias y no le fueron devueltas, ó ya también porque jamás aquel suelo estuvo provisto de ellas, siendo, por consiguiente, naturalmente impropio para el cultivo de la vid, y el más apto, por el contrario, para que en él se desarrollara de preferencia la filoxera en Europa. Veá, pues, el digno é ilustrado y respetable congregrado filoxérico, cómo no falta quien pueda, no ya tan solamente imaginar que aquel terreno estuviese agotado ó fatigado, sino afirmar, apoyado en el resultado del cultivo en él de la vid, que aquel terreno ó suelo virgen está naturalmente empobrecido de las sustancias necesarias al cultivo de esta planta, y que, sin llevar á él los elementos asimilables que le faltan, y demás condiciones climatológicas de que carece, y son indispensables al buen cultivo de la vid, él es el más apto para que la filoxera tomara carta de naturaleza en Europa, como desgraciadamente aconteció, para desde allí difundirse y propagarse por Suiza, Francia, Alemania, Italia, Portugal, España y demás países europeos.

Si, señores congregados filoxéricos, aunque sea una osadía en mí, atendiendo á vuestra elevada autoridad científica y á mis escasísimos conocimientos, por si en algo puedo contribuir á atenuar la gran desgracia que á España amaga la terrible plaga que sobre ella se cierne, me atrevo á dirigir mi humilde voz hacia vosotros, manifestando mi modo de ver en este asunto y llamando vuestra atención sobre vuestros propios asertos; si en Inglaterra y en vides importadas del Norte-América á aquel terreno virgen, es donde no obstante se descubrió por primera vez en Europa el funesto insecto, que amenaza destruir la europea riqueza vinícola, este vuestro aserto patentiza claramente que ese terreno virgen inglés no suministra á esa vid los elementos asimilables que la son indispensables, y que por carecer de ellos, y demás condiciones biológicas necesarias, que en su originario país tenía, la vid languidece en Inglaterra, y su mortal enemigo, la filoxera, la vence, aniquilándola, destruyéndola; victoria que no logró alcanzar en el Norte-América, donde, á la vez que mejores condiciones biológicas, encuentra la vid sus elementos nutritivos, apareciendo así allí casi inofensivo ese insecto mismo, que tan funestamente, voraz y destructor se nos presenta en Europa.

Donde quiera, pues, que se introduzca artificialmente la filoxera, allí se reproducirá la enfermedad; más si las viñas son débiles, viejas y enervadas, como en Europa, el triunfo de la filoxera sobre la vid es cierto, seguro, funesto; empero si las viñas son fuertes, robustas y conservan su rusticidad primitiva, como acontece en América, el triunfo de la vid está asegurado, y las sustancias insecticidas concluirán por darla la más completa y deseada victoria.

Se debe, pues, también, en mi concepto, tratar de dar vigor y lozanía á la vid, por medio de la creación en la atmósfera en que ha de vegetar de todas las condiciones climatológicas y biológicas que son convenientes y necesarias para alcanzar el más exuberante y completo crecimiento y desarrollo, sin exceder, no obstante, al que la es natural y propio.

Desde el momento en que, con nuestro auxilio sugerido por la experiencia y el estudio, logremos colocar á la vid en las condiciones naturales de su normal existencia, la tendremos apta para luchar y vencer, no sólo á la filoxera, sino al oidium, al pulgon, á la oruga y á cuantos organismos intenten atacarla, siendo, á mi juicio, un procedimiento análogo el que emplea la naturaleza para conservar y perpetuar en determinados parajes de preferencia estas ó las otras especies que ántes lucharon con las que las disputaron el campo.

En el logro del triunfo de la vid alcanzaremos, sobre todo, un éxito seguro, si al importar á sus raíces los elementos necesarios á su normal existencia, y á la atmósfera en que vegeta las condiciones biológicas que la son indispensables, llevamos á la vez á las primeras sustancias nocivas á la vida de sus enemigos, sin que perturben la suya, haciendo ejercer su acción deletérea también en la atmósfera en que pululan sus parásitos infectantes.

La aplicación de los sulfuro-carbonatos-alcalinos; la del sulfuro de carbono; la de los polvos insecticidas, mezcla de aceites sulfurosos y cuerpos amoniacales; la de toda sustancia insecticida, prefiriendo las susceptibles, por su solubilidad, de llegar hasta las raicillas más tenues y á los tejidos del vegetal en que residir pueda la hemiptera colonia; la plantación de la ruda silvestre; la submersión, y cuantos medios tienden á contrariar la existencia y vida de la filoxera, en unión y buena armonía con los que concurren á sostener y fomentar á la vid, son á mis ojos otros tantos adelantos, ó pasos buenos dados en el camino que nos puede conducir victoriosamente al triunfo que anhelamos, y han debido ser recomendados á la acción individual de los viticultores, en una sabia ley protectora de nuestra riqueza vinícola.

Esos son á mi vista, si, otros tantos verdaderos progresos científicos hechos en contra de la filoxera, y aunque haya quien les conceda escaso valor, porque efectivamen-

te, bajo el punto de vista económico, no nos han conducido hasta el fin propuesto y deseado, es indudable que nos van franqueando el camino oscuro que allí nos conduce. Así se camina, y tan lentamente se avanza por el escabroso terreno de la ciencia; esas son, sí, sus veredas, esos son sus caminos y sus carreteras, por más que algún eminente sabio haya logrado quizá hacer algún corto viaje en ferrocarril ó globo por ese tan difícil como peligroso terreno.

Una serie de experiencias teórico-prácticas, realizadas bajo la alta inspección, dirección y vigilancia de persona competente (análoga á la llevada á cabo en el campo de experiencias de Vincennes, para el trigo, cebada y demás cereales, por el sabio profesor del Jardín de Plantas de París, Mr. Ville), y encaminada á determinar á la vez, así las sustancias asimilables, que más convenientes y necesarias son para que la vid recorra, en sus condiciones normales de mejor existencia, su largo y útil ciclo vital, como las nocivas y que más directa y enérgicamente ataquen la existencia de su temido y formidable rival, la filoxera; sería, en mi humilde opinión, lo que nos haría marchar con paso seguro, aunque lento quizá, por el verdadero camino de la ciencia, que, á no dudarlo, es el guía más seguro que nos puede acompañar en asunto tan difícil como trascendental, y que con toda seguridad (más que el arranque y quema de cepas, desinfección y larga prohibición), nos ha de conducir, si no hemos llegado ya, á la victoriosa resolución del problema de que nos ocupamos.

El Congreso filoxérico español, del cual ha surgido nuestra ley (mal é impropriadamente á mi juicio) llamada de defensa contra la filoxera, como centro eminentemente científico que es, ha debido iniciar la serie de experiencias teórico-prácticas de que dejo hecha ligera mención, y formu-

lar la marcha que seguirse debiera en ellas. Ha debido recomendar á la acción individual de los viticultores (desembarazada de trabas) el empleo de aquellas sustancias insecticidas ó tóxicas, cuya acción deletérea no ataque ni perjudique á la vid, y cuyos benéficos resultados se están viendo donde ya han tenido su aplicación y la tienen al presente. Ha debido evitar en la ley que confeccionó todo carácter de violencia y de graves sacrificios, haciéndola, ántes que todo, esencialmente practicable, lo que quizá no lo sea. De esta manera, al terminar sus tareas importantes y su elevada misión, hubiera podido decir á propios y á extraños con toda seguridad y certeza: *Ahi le teneis, ese es el único remedio á la pavorosa plaga que sobre nuestros ricos y envidiados viñedos se cierne fatidicamente; pero el remedio que os doy, no solamente es el único, sino que es el verdadero, el real, el específico contra la Phylloxera vastatrix.*

Bárgos, 1878.

PEDRO FERNANDEZ SOBA.

MELONES FRANCESES.

Decíamos en EL CAMPO de 1.º de Agosto último, que los melones españoles, á pesar de su excelente calidad, no gustan y se venden mal en París, y que para la exportación de este artículo era preciso cultivar las variedades francesas que más se estiman allí, y pertenecen á una casta que se

llama *Cantaloups*. Damos hoy el dibujo de tres de ellas, debiendo preferirse el *Prescott fond blanc*, que es de mayor tamaño y llega á pesar de seis á ocho kilos.

Muchos jardineros españoles nos han dicho que su cultivo es más difícil que el del comun de Valencia. Hemos ensayado doce clases en 1873 en la huerta de Atocha, y no perdimos ni una sola planta. Algunas dieron hermosos frutos, y todos de calidad inmejorable y superior á todos los que habíamos probado en Francia. Enviamos á París en los primeros días de Mayo algunos, que se vendieron de 25 á 40 francos. Circunstancias independientes de nuestra voluntad nos impidieron de seguir las experiencias en 1874 y de reanudarlas desde entonces; pero creemos que estos melones pueden ser objeto de un gran comercio de exportación, si se adoptan los procedimientos adecuados y nada costosos en las comarcas privilegiadas por el clima, para obtenerlos temprano. Nosotros habíamos cultivado los primeros sobre cama caliente de estiércol y bajo vidrieras; pero en Valencia, Murcia y Andalucía bastarían seguramente esteras de paja de centeno para protegerlos de noche durante el primer mes.



MELON CANTALOUPE HATIF (TEMPRANO).



MELON CANTALOUPE, FOND BLANC.



MELON CANTALOUPE NOIR DES CARMES.

Lo más prudente es hacer el ensayo en pequeña escala en cada localidad. Ofrecemos gratuitamente semillas á los suscritores de EL CAMPO, con la sola condición que nos participen en tiempo oportuno los resultados que obtengan.

ESTANISLAO MALINGRE.

ECOS DE PARÍS.

Estamos en plena vendimia; ya han empezado en toda Francia, y particularmente en Champagne, la que se hace cuando la uva está bien madura. En estas viñas, en que el terreno es tan precioso, no son las carretas de bueyes las que trasportan la uva, sino en grandes canastas llevadas por burros.

En el término de Burdeos la época de la vendimia es la de la alegría y fiesta para las personas que viven en los infinitos *chateaux* que hay en el país, se obsequia á los invitados con el espectáculo de la vendimia y es un buen golpe de vista el que presentan aquellos charavanes y carrajes de campo, mezclados con los peatones y conductores de la fruta. Concluido el trabajo se dedican al baile, y la primera noche el dueño de la casa suele abrir el baile con su esposa ó alguna de las señoras invitadas.

En algunos dominios hay la costumbre de que el primer racimo lo aplaste la hija del propietario. La heroína de la fiesta se quita su media de seda y subiendo sobre un banquillo cubierto con un tapiz, apoya su pequeño pie sobre un racimo, cuyo jugo lo enrojece un poco. Entonces una criada lava en una palangana el pie, lo seca, y calza á la jóven, dándose por terminada la fiesta.

Un hecho que notan los que habitan el campo en esta estación, es el progreso y extensión que ha tomado el cultivo de las flores en Francia. En menos de veinte años se ha operado una revolución completa, y las flores de otoño se han transformado y aumentado considerablemente. Antes los claveles de la India, las balsaminas, las margaritas, flores todas que el primer rayo de sol después de una helada reducía al estado de tabaco, formaban con el resaca, los pensamientos y rosas de bengala, el solo adorno de los jardines en el otoño. Sin desdenar de estas flores las que tienen mérito, se han añadido nuevas conquistas. La dalia esa reina de las flores de otoño, los gladiolos de Gand, las rosas Sutherland y multicolores de América, las petunias que florecen hasta las heladas; las fuchsias, las gobe-las, los crisantemos de la India, de todos colores como las dalias, unos enanos, otros como arbolillos y que desafían los primeros hielos y cuyas flores resisten al aire hasta Diciembre.

Las flores vivaces de otoño se prestan maravillosamente para adornos de cabeza y de vestidos, y las señoras saben aprovecharlas. Es encantador el efecto que producen las

lilas blancas, las margaritas y las guirnalda de hojas de vid. En una reunión de la semana pasada en el *chateau* de la Condesa S., organizada de pronto, se hizo ir una florista de París y ella arregló, no sólo las cabezas, sino las *toilettes* de las señoras, con las flores del jardín. Es una moda que encantó á los presentes á la fiesta, que no se cansaban de admirar aquellas elegantes damas, tan caprichosa y coquetamente preñadas.

A menos de tener un gusto especial por la lluvia, es para desesperarse por el mal tiempo que señala este año la entrada del otoño.

Los cazadores se quejan y las *toilettes* sufren aún más. Las señoras no saben qué vestidos ponerse y es una revolución completa la que reina entre las modistas y costureras.

A propósito de modas, los peinados se levantan cada vez más por detrás, y parece que las elegantes llegan de Pompeya; cada señora parece un camafeo, y algunas se ponen polvos en los peinados romanos.

Me gustan los polvos, pero los blancos, y no esos multicolores que se ven hoy sobre tantas cabezas. El domingo en el Bois llamaron mucho la atención dos señoras, que eran ámbas rubias y que hoy tienen un color amarillo canario.

En esta época en que se acostumbra pasar una temporada en las posesiones del campo, se entretienen las señoras y los niños, mientras los hombres van á la caza, del modo siguiente: Cuando el tiempo está bueno, los niños recogen en grandes canastos las hojas que el otoño hace caer sobre el *gazon*, y los días lluviosos se ocupan en preparar las hojas con las que forman guirnalda para las iglesias pobres.

Otras veces hacen libros de estampas, que no se rompen, para los niños pobres. Las niñas cosen una cinta de color al rededor de las hojas de un libro formado de hojas de peral gris; los niños pegan en estas hojas, con goma, soldados y cromos de esos que regalan en todas las tiendas, y luego los regalan á los niños del pueblo.

Hé aquí un modo de entretener los niños caritativo, fácil y económico.

Este año está de moda la celebración de bodas de plata y oro entre los grandes del campo. Después de los Reyes de Bélgica, que han festejado el 25.º año de su casamiento, los duques de Baviera han celebrado el 9 de Setiembre sus bodas de oro, ó sea el 50.º aniversario de su matrimonio, en su *chateau* de Tegornnee, rodeados de su familia. Con este motivo la Emperatriz de Austria, su hija, les ha regalado un servicio de mesa de plata sobredorada de gran mérito.

A propósito de bodas, la moda hoy es de casarse en el campo, siguiendo en esto la costumbre inglesa; así la fiesta es más íntima y sólo se invita á la familia y amigos preferidos. Desde hace poco se empieza á desear las perlas para los adornos de boda, pues siendo éstas el símbolo de las lágrimas, no se deben llevar el día de la boda; se prefieren los diamantes, y lo más *chic* es no llevar alhajas.

Entre los matrimonios que van á celebrarse en el campo, merece citarse el de Mlle. Anne de Mac-Mahon, que tendrá lugar en el *chateau* del Sully, donde nació su padre, el

Presidente de la República. Mlle. Mac-Mahon se casa con el Conde Olliverson.

Mucho se habla de las fiestas que habrá con motivo de la estancia en ésta de los Príncipes de Gales. Además de las recepciones oficiales en la Embajada, SS. AA. RR. han aceptado invitaciones de los Duques de Mouchy y de Bisaccia.

Hace días hubo una cacería en el *chateau* d'Aurières, en la que tomaron parte varias damas, y su presencia dió un gran atractivo al *sport*. Lucian vestidos cortos de paño inglés, de hechura de blusas y mangas angostas y cerradas en el puño, y cinturón con hebilla de metal. Se portaron valientemente y con gran habilidad.

En el *lunch* que hubo al mediodía, se habló de la boda de Mlle. Jeanne Gordon Bennet, hermana del Director del *New-York Herald*, que educada en una pensión de Versalles, y después de haber rehusado un batallón de duques y príncipes, entrega su mano y sus diez y ocho millones á un simple ciudadano de la libre América.

El 30 de Setiembre se celebraron los esponsales, en Waldeck, del Rey de Holanda y la princesa Emma.

Los grandes *magasins* del Louvre han adoptado el alumbrado de la luz eléctrica por el sistema Jablochhoff. Los directores del Louvre se quejaban de los inconvenientes del gas, que además del calor insoportable que producía, dificultaba la venta de las telas de color á la caída de la tarde, y algunos géneros se echaban á perder al estar expuestos mucho tiempo á las emanaciones sulfurosas. Además con el número considerable de luces de gas que necesitaban en aquel establecimiento, era muy de temer un incendio ó una explosión, que les hacía tener una sección de bomberos especiales para la casa.

Habiendo observado las ventajas del alumbrado Jablochhoff, hicieron hace tiempo un ensayo en el hotel Marengo, y hoy lo han colocado en las galerías y sitios oscuros de los almacenes, lo que les procura una economía de 30 por 100 y tres veces más claridad. El inferior del edificio está verdaderamente alumbrado á *giorno*.

El Palacio de la Industria está ocupado por un ejército de obreros ocupados en arreglarlo para la distribución de las recompensas de la Exposición el 21 de Octubre. El salón se dividirá en tres partes: la destinada al Mariscal, á los príncipes y á los ministros, la de los grandes funcionarios y cuerpo diplomático y la del Comisario general y autoridades, y al final, la orquesta, compuesta de la música de la guardia republicana, dos músicas de regimientos, la orquesta de Mr. Colonne y los coros. En todo, 1.600 ejecutantes. El número de papeletas de convite será de 21.000, y con el objeto de que pueda colocarse cada uno en su sitio, las invitaciones llevarán por detrás un plano del edificio con el sitio de cada clase marcado.

El 22 de Octubre se verificará en Versalles la gran fiesta de gala que dará el Presidente de la República á los príncipes y personajes extranjeros. La Mariscal se ocupa en disponer todo lo conveniente y ha encargado á Mr. Alphaud de formar el plan.

La iluminación del parque será magnífica. Todos los parterres situados delante del *Chateau* estarán iluminados;

además, ocultos entre las hojas, se colocarán vasos de colores imitando las flores, y en el resto habrá 200 mil bombas venecianas.

El Parque se alumbrará por primera vez con la luz eléctrica, y en todas las calles la Compañía Jablockhoff coloca sus aparatos.

Hé aquí el programa de las fiestas con motivo de la distribución de recompensas á los expositores: El jueves 17 de Octubre, reunión en casa del Ministro de Instrucción pública, con el concurso de los artistas de la Ópera, de la Comedia Francesa y de la Ópera Cómica. El 18, reunión en el Ministerio de Estado. Sábado 19, representación de gala en la Ópera. El domingo 20, gran recepción, con concierto y espectáculo, en casa del Ministro de Agricultura y Comercio. Lunes 25, ceremonia de la distribución de recompensas en el Palacio de la Industria; por la noche, gran baile en casa del Ministro de Agricultura. Martes 22, gran fiesta en Versalles; baile con diez mil invitaciones en la galería de los Espejos del palacio, y fuegos artificiales.

El total del importe de las entradas en la Exposición de París, durante los cinco meses que lleva abierta, es de 9.765.967 francos, dos millones más que lo recaudado en los seis meses de la de 1867.

El número de los billetes vendidos para la lotería nacional, cuyo producto va á servir para costear el viaje de los obreros, sube á 2.200.000.

El martes tuvieron lugar en la Avenida de las Acacias las carreras al estilo holandeses, llamadas *Harddraverijen*, con asistencia de bastantes aficionados, viéndose en la tribuna del Mariscal al príncipe Orlof, el de Hohenlohe, el Conde de Arnim, el Marqués de Molins, el Príncipe de Sagan, etc.

Desde tiempo inmemorial existe en Frisia un género de pruebas muy interesantes. El caballo estaba antes asimilado al esclavo, su propietario pagaba el impuesto por su montura, y el hijo de familia que había sido más valiente en la guerra heredaba el caballo del padre. El hombre que robaba un caballo era castigado con las penas más severas, y aun con la de muerte.

Esto demuestra la estima que los frisones tenían por la raza caballar.

Las carreras al trote no han dejado de estar en favor de Holanda, é interesan igualmente á los *sportsmen* de la ciudad y á los del campo.

El Rey las protege y anima concediendo importantes premios á los vencedores.

Las *harddraverijen* difieren esencialmente de las carreras al trote ordinarias. Tienen, poco más ó menos, las mismas reglas que las de lebles en Inglaterra: los concurrentes se ponen dos á dos; en cada prueba se elimina uno, y los vencedores combaten de nuevo hasta que no quedan más que dos para disputarse el primero y segundo premio. La distancia que recorren es de 350 á 400 metros en línea recta.

Las pruebas son al trote montado y enganchado. Para estas últimas emplean tilburis muy ligeros y elevados. Los *handicap* no se conocen; se admiten caballos de todas edades, y el peso de los jinetes es facultativo.

En un periódico de los Estados-Unidos se lee lo siguiente:

«Un cirujano está en camino de hacer fortuna por medio de una innovación, con la que todas las señoras están entusiasmadas. Se trata, sin embargo, de una operación quirúrgica.

«Las coquetas pensilvanias, queriendo á todo trance tener los más pequeños piés de América, se hacen cortar el dedo pequeño de cada pié. Esta operación, hecha sin dolor por medio del cloroformo, tiene por objeto dar á las extremidades una pequeñez extraordinaria.»

Las atenienses, entusiastas de las formas, no hubieran imaginado jamás esta mutilación.

Entre los extranjeros de distinción llegados estos días á París, se halla el Marqués Pallavicini, joven de 16 años, y poseedor de una fortuna de 150 á 200 millones de francos.

El Marqués de Lorne, acompañado de su esposa la princesa Luisa de Inglaterra, ha dejado el chateau de su padre el duque de Argyll para ir al Canadá de gobernador.

Muchos teatros preparan para este invierno funciones de día. Con motivo de haberse representado nuevamente *La Dame aux Camélias* de A. Dumas, hijo, recordaban la otra noche algunas anécdotas de las primeras representaciones de la obra.

Mlle. Fargueil se mostraba disgustada de su papel y le dijo un día:

—Mi querido Dumas, es preciso que me dé algunas indicaciones, porque la acción pasa en un mundo que yo no conozco.

—Querida amiga, respondió el autor, desde el momento que usted no lo conoce... á su edad... no lo conocerá ya nunca.

La respuesta le pareció tan picante, que rehusó encargarse del papel.

Habiéndose encargado de él Mlle. Doche, le preguntó: —Veamos; en el primer acto, cuando vuelvo de la Ópera, ¿qué *toilette* debo tener para estar bien en el personaje? —Pues bien, respondió el autor sin vacilar, vístase usted como tiene la costumbre de hacerlo en semejante caso.

El lunes no pudo haber función en la Ópera por haberse puesto malo á última hora Mr. Vagner y ser ya muy tarde para hacer otra obra ó encontrar quien cantara su papel en el *Profeta*.

El desgraciado artista sufría horriblemente de una muela del juicio. Al día siguiente fué á casa de un dentista, que por diez francos le estrajo una muela que había costado al empresario 22.000 francos.

La Gran Duquesa, que hizo furor durante la Exposición del 67, no podía dejar de ponerse en escena antes que terminase la presente. Todos recuerdan lo mucho que gustó

en aquel tiempo en que el Czar de Rusia, de camino para París, telegrafiaba para que le tomasen un palco para la noche misma del día que llegaba, y en que Bismarck, que aún no era alteza, estuvo varias veces á aplaudir la ópera de Offembach y felicitar á Coudère, y en que éste bebía en su cuarto Champagne con el Príncipe de Gales. La historia es graciosa y merece referirse.

El Príncipe, que había ido al escenario de Varietés, se encontró á Coudère vestido de general Boun. S. A. R. le manifestó, riéndose, que no teniendo en su país más que rango de coronel, presentaba sus homenajes al general en jefe.

—Y bien, coronel, dijo Coudère siguiendo la broma, preséntese V. en mi cuarto arrestado; allí se bebe ahora vino de Champagne y puede esperar mis órdenes probándolo. El Príncipe acudió á la cita y se divirtió mucho con las bromas de los artistas.

Lo raro es cómo se ha esperado hasta el 5 de Octubre para representarla. Los aficionados, apenas vieron la entrada de los Bouffes, dijeron: «Esta es la primera de la temporada.»

Y efectivamente era la primera vez, desde hace meses, que se veía á la mayoría de los espectadores de frac, las señoras en *toilette*, y á Isabel distribuyendo gardenias.

A las cinco de la tarde ofreció un extranjero mil francos por un palco platea tornavoz, sin encontrarlo.

En un palco bajo se veía á Mlle. Schneider, la primera gran duquesa, que parecía más linda y joven que nunca, y que no cesó de aplaudir, sobre todo á su valiente sucesora.

Minutos antes de levantarse el telón, entregaron á los críticos que asistían unas particiones de la Gran Duquesa, fáciles de guardar en el bolsillo.

La obra ha sido muy bien ejecutada y tuvo gran éxito.

Una señora ha tomado á su servicio una doncella, que tiene la pretensión de hablar muy bien.

Un día que peinaba á su señora, la dice:

—¡Qué hermosos cabellos!

—¡Oh! ya no valen nada, contestó la señora, era preciso verlos cuando yo era una joven.

—¡Ah! comprendo, respondió la doncella; en la edad *adúltera*, el cabello se cae fácilmente.

En una ciudad de provincia se ocupaban del examen de los candidatos al voluntariado de un año, examen que recae, según el deseo expresado por los jóvenes, sobre las materias especiales al Comercio, Industria ó Agricultura:

—Caballero, dijo uno de los profesores al candidato, ¿qué es una raíz cuadrada?

—Perdon, contestó el joven, yo no me presento por la Agricultura, sino por la Industria.

NEDOC.

CARRERAS DE CABALLOS EN SEVILLA.

OCTUBRO DE 1878.

Los días 3 y 4 de Noviembre, á la una en punto de la tarde, si el tiempo lo permite.

1.ª Las inscripciones se harán en Secretaría, calle Gravina, núm. 23, del 13 al 19 de Octubre, de doce á tres de la tarde, pagando en el acto el importe de las matrículas. Se permitirá inscribir caballos del 20 de Octubre al 2 de Noviembre, abonando doble matrícula.

2.ª Toda persona que haga á su nombre una ó más inscripciones, pagará, además del importe de la matrícula, Rvn. 200 para el fondo de carreras, excepto en la primera del primer día.

3.ª Los dueños de los caballos matriculados cuidarán de llevarlos al picadero de la calle de San Pedro Mártir el día 2 de Noviembre, de doce de la mañana á tres de la tarde, para que los clasifique el Jurado; el que no se presente en dicho día no será admitido y perderá la matrícula, exceptuándose de esta presentación los caballos y yeguas que hayan sido clasificados en años anteriores; no así los potros, que habrán de ser nuevamente clasificados.

4.ª Se exceptúan del doble pago de matrícula los caballos y yeguas que tomen parte en la 4.ª y 5.ª carrera del segundo día, y las inscripciones se admitirán hasta media hora antes de la que se fije para cada una de ellas en los estados de carreras.

5.ª El precio de las vallas en el Hipódromo será el de 20 reales cada día para los dueños de los caballos que las quieran alquilar.

6.ª En Secretaría se facilitarán ejemplares del Reglamento de carreras, donde se hallan los demás detalles referentes á éstas.

7.ª También se encuentra de manifiesto en dicha Secretaría un cuadro sinóptico con los recargos de peso á los caballos vencedores que marca el art. 4.º de los acuerdos del Congreso Hípico.

PROGRAMA.

PRIMER DIA.

1.ª CARRERA.—Rvn. 2.000.—*Premio de la Sociedad*.—Para caballos enteros y yeguas españoles y de cruz que no hayan ganado premio en carreras formales.

Españoles.	110 libras.
Hispano-árabe ó moruno.	140 »
Hispano-inglés.	158 »

Distancia, 1.500 metros.—Matrícula, 120 rs.

2.ª CARRERA.—*Nacional*.—Rvn. 3.000.—*Premio de la Sociedad*.—Para caballos enteros y yeguas de raza española.

De 3 años.	118 libras.
De 4 »	135 »
De 5 »	141 »
De 6 » y cerrados.	144 »

Distancia, 1.700 metros.—Matrícula, 200 rs.

3.ª CARRERA.—*Criterium*.—Rvn. 5.000.—*Premio de la Sociedad*.—Para potros enteros y potrancas españoles y de cruz que no hayan cumplido cinco años.

Españoles de 3 años.	109 libras.
» de 4 »	125 »
Hispano-árabe de 3 años.	119 »
» de 4 »	135 »
Hispano-inglés de 3 »	129 »
» de 4 »	145 »

Distancia, 1.600 metros.—Matrícula, 300 rs.

4.ª CARRERA.—*Cosmos*.—Rvn. 3.000.—*Premio de la Sociedad*.—Para caballos enteros y yeguas de cualquier raza.

	Inglés nacidos en la Península.	Inglés nacidos en Inglaterra.	Todos los demás.
3 años.	110 libras.	130 libras.	96 libras.
4 »	126 »	146 »	114 »
5 »	132 »	151 »	119 »
6 » y cerrados.	135 »	154 »	122 »

Distancia, 3.000 metros.—Matrícula, 200 rs.

5.ª CARRERA.—*Omnium*.—Rvn. 3.000 y el importe de las matrículas.—*Premio de la Sociedad*.—Para caballos enteros, capones y yeguas de cualquier raza nacidos en la Península y caballos árabes y morunos.

	Españoles.	Morunos ó hispano-árabes.	Árabes ó hispano-inglés.	Inglés.	Anglo-árabes.
3 años.	105 lib.	115 lib.	127 lib.	157 lib.	147 lib.
4 »	121 »	131 »	143 »	173 »	163 »
5 »	128 »	138 »	150 »	180 »	170 »
6 » y cerrados	133 »	143 »	155 »	185 »	175 »

Distancia, 3.000 metros.—Matrícula, 300 rs.

SEGUNDO DIA.

1.ª CARRERA.—Rvn. 3.000.—*Premio de la Sociedad*.—Para caballos enteros y yeguas de todas razas, excepto ingleses.

Españoles.	124 libras.
Morunos.	140 »
Árabes.	152 »
Hispano-inglés.	140 »
Hispano-árabe.	135 »
Hispano-moruno.	120 »

Distancia, 1.700 metros.—Matrícula, 200 rs.

2.ª CARRERA.—Rvn. 3.000.—*Premio de la Sociedad*.—Para potros enteros y potrancas de raza española que no hayan cumplido cinco años.

De 3 años.	112 libras.
De 4 »	128 »

Distancia, 1.500 metros.—Matrícula, 200 rs.

3.ª CARRERA.—*Peninsular*.—Rvn. 4.000.—*Premio de la Sociedad*.—Para caballos enteros y yeguas españoles y cruzados.

	Españoles.	Hispano-árabes.	Hispano-inglés.
3 años.	103 libras.	113 libras.	123 libras.
4 »	120 »	130 »	140 »
5 »	127 »	137 »	147 »
6 » y cerrados.	131 »	141 »	151 »

Distancia, 2.500 metros.—Matrícula, 240 rs.

4.ª CARRERA.—*Príncipe de Gales*.—*Handicap libre*.—Rvn. 3.000.—*Premio de la Sociedad*.—Para caballos y yeguas de todas razas, siendo obligatoria la matrícula de los ganadores, aun cuando no corran.

Distancia, 1.700 metros.—Matrícula, 200 rs.

5.ª CARRERA.—*Compensación*.—Rvn. 2.000.—*Premio de la Sociedad*.—Handicap de caballos que no hayan ganado premio en las carreras de estos dos días.

Distancia, 1.500 metros.—Matrícula, 120 rs.

NOTICIAS GENERALES.

Del *Boletín Oficial de las Carreras de Caballos*, que se publica bajo los auspicios de la Sociedad de Fomento y mejora de las razas de caballos de Francia, tomamos los siguientes datos:

Ha habido este año reuniones de primavera y verano en Le Besinet, 11 días; Niza, 1; Reims, 2; Pau, 3; París, 16; Tarbes, 5; Hieres, 1; Bordeaux, 3; La Marche, 6; Toulouse, 4; Montpellier, 1; Angoulême, 2; Poitiers, 1; Limoges, 4; Marseille, 1; Bruxelles, 4; Chantilly, 3; Mous, 1; Maisons-Laffitte, 6; Libourne, 1; Montauban, 2; Fontainebleau, 2; Lyon, 4; Saint-Brieuc, 2; Angers, 2; Bazas, 1; Pons, 1; Le Mans, 2; Condom, 1; Rouen, 2; Spa, 3; Cautillone, 1; Avranches, 1; Cogolin, 1; Namur, 1; Beauvais, 2; Saint-Jean d'Angèle, 1; Amiens, 1; Gand, 2; Abbeville, 1; Nancy, 1; Blagny, 1; Chalons sur Saône, 2; Mont-de-Marsan, 2; Le Pin, 1; Cholet, 1; Havre, 2; Vichy, 2; Fecamp, 1; Luçon, 1; Monsegur, 1; Dinan, 1; Caen, 1; Cabourg, 2; Le Horat, 1; Nevers, 1; Saint Maixent, 1; Deauville, 5; Saint-Nazaire, 1; Quimper, 2; Maurle, 1; Laon, 2; Sables d'Ornel, 1; Boulogne, sur Mer, 2; Ambères, 1; Dieppe, 3; Chatillon, 1; Lille, 1; Saint Lo, 1; Aurillac, 2; Saumur, 2; Moulins, 2; Beaumont, 1; Cherbourg, 1; Perigueux, 2; Barberieux, 1; Chateaubriant, 1; Villeneuve, 2; Audi, 1; Craon, 2; Bayonne-Biarritz, 2; La Brede, 1; Contres, 1; La Tour du Pin, 1; Tours, 2; Maubourguet, 1.—Total de carreras, 178.

Reuniones de otoño.—Chantilly, el 6, 13 y 20 de Octubre; Maubourguet, 6; La Marche, 7; Maisons-Laffitte, 10 y 24; Nantes, 27 y 29; Marseille, 27 y 1.º de Noviembre; Bordeaux, 7 y 10 de id.

Mr. F. Kent ha declarado *porfait* para *Girouette*, en todos sus compromisos; el Baron de Varenne, para *Bourg-mestre*; N. M. P. d'Aumont, para *Perle Noire*, y el Conde de Lagrange, para *Henriot* y *Aulepine*.

Su A. R. el príncipe d'Orange ha dado á los caballos nacidos en 1877 los nombres de *Eperier*; al potro por Bigarreau y Eporince, llamado antes *Eperon*, y *Diane*, á la

Dejemos, pues, de verlo todo bajo el triste color de la ictericia y de la muerte, y miremos el porvenir al través del velo de color de rosa que dora la vida extendiéndose sobre las amarguras de la realidad, como las flores azules y las hojas verdes sobre las grietas de carcomido muro.

A pesar de que la estación avanza, todavía hay días hermosos en el campo. El otoño es una de las más bellas estaciones de la naturaleza; no tiene la sonriente alegría de la primavera, ni la espléndida exuberancia del estío; pero tiene la majestad solemne de la misión cumplida, y la interesante melancolía de toda grandeza que decae.

No es la muerte que entristece, es el descanso que alienta y anima; no es la vejez decrepita y cansada, es la edad madura, que libre del furor de las pasiones, reposa serenamente después de haber terminado su tarea y rodeada del fruto de sus afanes, como el hombre que se retira al hogar que debe a su trabajo en el último tercio de su vida.

Nada como el campo en el otoño puede dar idea del reposo y de la calma, que son el bálsamo de los desengaños y de la amargura.

Así como el cuerpo en ciertas enfermedades necesita un reposo absoluto, un silencio completo, una calma no interrumpida, el espíritu necesita también de cuando en cuando la tranquila soledad que le ofrece el campo en estos apacibles días de otoño en que toda faena agrícola ha terminado, y que sirven de transacción entre la recolección y la siembra.

En otros países la estancia en las posesiones campestres se prolonga hasta que el rocío se hiela sobre las últimas flores; pero entre nosotros la miseria de los pueblos rurales, la inseguridad de los caminos, la incuria y el abandono, nos hacen volver más pronto a la ciudad.

Estos días han reproducido los periódicos quejas amargas de las provincias. No es este lugar oportuno para apreciarlas; pero es lo cierto que hay en ellas algún fondo de justicia, y que es preciso que, tanto por el Gobierno como por los particulares, se atienda al triste estado en que las aldeas viven, y que no se perdone medio de llevar a ellas gérmenes de bienestar y cultura que hagan agradable la vida del campo.

Una de las familias que más culto rinden a estas aficiones campestres, tan importantes bajo el punto de vista de los intereses rurales, es la de nuestro ilustre amigo el señor Marqués de Salamanca. Su discreta y simpática hija se ha establecido, como de costumbre, este otoño en los Llanos, donde la rodeará, como siempre, escogida porción de amigos que irán a gozar de la delicada y cariñosa hospitalidad que su bondad les ofrece.

La caza y los paseos durante el día por la bien cuidada finca; los animados tresillos durante la noche; la chispeante conversación de sobremesa, en que luce su vivacidad el espíritu y sus primores el ingenio; las comodidades de que la atención de los anfitriones rodea a sus felices huéspedes, son atractivos bastantes para buscar en los Llanos grato reposo, si otros encantos mucho mayores no llevarán allí a sus habituales concurrentes; los que el trato de la señorita de Salamanca y de su ilustre padre proporcionan.

En Madrid la vida de invierno comienza animada. Los teatros han abierto ya sus puertas ofreciendo novedades de las que nos ocuparemos ligeramente; y si bien de salones no permite hablar todavía el luto que la aristocracia y el cuerpo diplomático visten por sensibles pérdidas, los entreactos de la ópera, las comidas y las tertulias íntimas, inician ya la vida animada a que la sociedad se entrega en la estación que comienza.

Los Sres. de Baüer, en cuanto regresaron de la quinta de las inmediaciones de París, donde han pasado el verano, reanudaron sus amenas y agradables reuniones. Todos los jueves sientan a su mesa a alguno de sus amigos, y después de la delicada comida, el salón de Mad. Baüer, al que concurren diplomáticos, literatos, hombres políticos, notabilidades de la aristocracia y de la banca, adquiere, presidido por la distinguida dama, el animado aspecto de esos salones del extranjero, y especialmente de Francia, donde bajo la égida protectora de una mujer notable, se forman el ingenio y la cultura un hogar, animado siempre por una conversación interesante.

La conversación de salón, esa crónica viva, animada, chispeante, de los sucesos, que abraza todos los asuntos y toca todas las cuestiones con ligereza, que huya de la pedantería, pero que no llegue a la vulgaridad, es generalmente considerada como cosa fútil y baladí, y es, sin embargo, uno de los ejercicios más delicados del espíritu.

Hay muchos, y especialmente en países meridionales como el nuestro, que pueden pronunciar discursos sobre cualquier materia. Los oradores, esos hijos de la imaginación y del sentimiento, nacen con abundancia bajo nuestro cielo espléndido, y se desarrollan con facilidad al calor de nuestras latitudes. No hay estanco de pueblo, botica de villa, casino de provincia, ni tertulia de café, que no tenga uno ó más tribunos, que discuten acerca de los asuntos palpitantes, mezclando a cada palabra, con enfático acento, los lugares comunes del artículo de fondo ó de los extractos de las sesiones de Cortes.

Pero si esta oratoria pública, digámoslo así, es fácil, no lo es tanto la conversación culta, sencilla sin ser vulgar, animada sin ser borrascosa, amena sin ser pedante, que nuestros vecinos designan con el nombre de *causerie*.

Nuestros hombres eminentes, nuestra juventud ilustrada huye, por regla general, del salón, donde el espíritu adquiere la flexibilidad y la delicadeza que el trato de la mujer le proporciona, y que es tan necesario para dulcificar la natural rudeza que se adquiere con el aislamiento ó con la vida constante del Casino ó del Ateneo, y de aquí nacen muchos males.

Algo, es cierto, se van modificando en este sentido las costumbres; pero no todo lo que nuestra cultura social reclama.

Francia salió vigorosa de los horrores de una revolución desencadenada y de las violencias de una reacción vengativa,

merced a su gran espíritu, principalmente desarrollado en los salones, que le dieron una fisonomía especial en los primeros años del siglo.

¿Quién negará la influencia que en la cultura francesa ejercieron aquellas tertulias presididas por la brillante madama Stäel, por la espiritual Marquesa de Condorcet, por la interesante Mad. Delmer, y por la misma Mad. Talma, la esposa desventurada del célebre actor que representaba en el teatro los héroes clásicos en una época en que el heroísmo llegó a ser casi una costumbre?

En una crónica de aquel tiempo encontramos la reseña de una comida en casa de Mad. de Condorcet. Se hallaban sentados a la mesa de la ilustre dama: Chenier, el autor de *Carlos IX*; el Vizconde de Segur, partidario por su nacimiento del antiguo régimen, pero campeón, por sus costumbres y por sus ideas, de lo moderno; el ideólogo Garat y su sobrino Maillat; Benjamin Constant, el célebre publicista; el abate Sieyes, que tomó parte tan importante en los sucesos de su país; Mad. Talma, el Conde de Savernon y la delicada Sofia Gay, la célebre autora de interesantes novelas y la tierna compañera de uno de los hombres más ilustres del periodismo.

Esta reunión de notabilidades, partiendo los manjares en la misma mesa y brindando con un mismo vino por un ideal común, la patria, no podía menos de influir poderosamente en las costumbres, trabajando en la provechosa obra de suavizar asperezas y curar las heridas abiertas por las implacables discordias civiles.

Podríamos prolongar mucho más esta digresión, pero la crónica de los sucesos de la pasada quincena nos obliga a cerrarla, a pesar nuestro, para continuarla quizá otro día.

No será muy violenta la transacción que nos lleve, después de las anteriores consideraciones, a la fiesta ofrecida a una notabilidad artística en un palacio aristocrático.

Los Duques de Fernan Nuñez, que tan decididos protectores del arte en todas sus manifestaciones se muestran, ya acogiendo cariñosamente a los artistas, ya adquiriendo sus obras para ornato de su espléndida morada, obsequiaron uno de los pasados domingos, con un delicado almuerzo, a la prima donna señora Durand, a su esposo y al baritono señor Verger.

A este último ya le ha juzgado favorablemente el público en el *Trovador*, y quizá en los momentos en que esta crónica llega a mano de los lectores, a la Sra. Durand, en la Valentina de los *Hugonotes*.

Al escribir estas líneas no conocemos todavía nada más que a la mujer; alta, distinguida, de tez ligeramente morena, como si la hubiera acariciado al nacer el sol del Mediodía; de ojos vivos, expresivos, brillantes, su figura se presta admirablemente para expresar los sentimientos y los afectos de los personajes dramáticos sobre la escena.

Mucho celebraremos que obtenga los aplausos del público con la facilidad con que se capta las simpatías desde el momento en que se la conoce.

Pocas veces nuestro teatro de la Ópera ha comenzado la temporada bajo auspicios más brillantes. El público ha acudido a cubrir los dos turnos en que se divide el abono, y la Empresa por su parte ha correspondido dignamente a estos favores, presentando un cuadro de compañía en que figuran artistas de gran reputación en Europa.

Rigoletto y el *Trovador*, las dos óperas hasta ahora representadas, han alcanzado una esmerada ejecución.

En la primera volvimos a ver a nuestros compatriotas Gayarre y Elena Sanz, que tan gratos recuerdos nos dejaron en la temporada pasada. Los artistas predilectos, como las personas simpáticas, como los lugares que guardan el recuerdo de algún momento feliz de la vida, tienen para el alma irresistible atractivo, y se experimenta siempre gran placer al volver a verlos después de larga ausencia.

Elena Sanz y Gayarre fueron aplaudidos en cuanto salieron a la escena, si bien no era *Rigoletto* muy a propósito para desplegar las facultades de ambos. La primera las lució después en la Azucena del *Trovador*. Vehemente, apasionada en la expresión del afecto maternal, y la del odio que su enemigo le inspira, de su garganta salían vigorosas las notas que expresan estos sentimientos, conmoviendo al público, que prodigó entusiastas aplausos a la simpática artista.

En el *Trovador* volvió a aparecer también Herminia Borghi-Mamo, que tantos títulos a nuestras simpatías tiene.

Los artistas nuevos han merecido también los plácemes del público. Pandolfini es un baritono de gran escuela, buena voz, y sabe interpretar exactamente los sentimientos del alma. En *Rigoletto* lo demostró a conciencia.

Si de la escena pasamos a la sala, no podrá menos de seducirnos su aspecto. El teatro Real es un elemento indispensable en la vida de Madrid; cuando él abre sus puertas se inaugura solemnemente la temporada de invierno. En los palcos van sucesivamente apareciendo las antiguas conocidas, las bellezas que inflaman mas corazones, las notabilidades del mundo elegante, las mujeres que hacen tan animada, tan brillante la sociedad de Madrid.

Las Duquesas de Fernan Nuñez y de Huéscar, las de la Torre, Medinaceli, Santaña é Híjar, se han presentado en sus habituales palcos desde los primeros días, con otras muchas damas de la aristocracia y del mundo elegante. Hemos visto a la Condesa de Valbom y a su simpática hija, que vuelven de Spa y de París, donde han pasado el verano, y a la Embajadora de los Estados Unidos con la señora de Gayángos, a la linda Condesa de la Corzana, y a otras muchas. Algunas faltan todavía, y los habituales concurrentes del Real notan especialmente el vacío de aquella platea de proscenio tan animada cuando la ocupaba la señora de Buchental, hoy muy lejos de Madrid.

Los demás teatros se esfuerzan también por complacer al público. Uno de los más animados en la pasada quincena ha sido el de Apolo, donde se ha presentado la eminente trágica señora Ristori.

Era el año 1858 ó 59, esto es, hace veinte años, casi una vida, cuando la señora Ristori estuvo la última vez en Madrid.

En el vertiginoso paso de los días apenas nos fijamos en la rapidez con que pasan las horas; pero cuando algún suceso nos hace volver atrás la vista y considerar en conjunto algún espacio de tiempo, parece imposible que hayan pasado tantas cosas.

¡1858! ¡1878! Veinte años; el período en que abortaron varias conspiraciones, cayeron muchos ministerios, se inició y consumó una revolución, y hubo interinidad, regencia, monarquía electiva, república de varias clases, dictaduras, y por fin, restauración, esto es, toda una historia.

Los que nacieron al principio de ese período son ya hombres; los hombres de entonces están ya todos casi viejos y calvos, y son conservadores, consejeros de Estado, senadores, personas graves en fin.

De las mujeres no hablo, porque la mujer, en honor de la verdad, puede decirse que no tiene edad determinada.

La mujer en todas las fases de su vida es el objeto del amor fraternal unas veces, filial ó conyugal otras; pero del amor siempre, y como el amor en todas sus manifestaciones es ciego, no necesita para nada consultar la partida de bautismo.

Luégo, que la historia y los casos prácticos nos presentan infinidad de ejemplos para probar que no existe edad para la mujer. La primera nos habla de la Princesa de los Ursinos, de Diana de Potiers y de una vireina de Polonia, que llegaron sin arrugas y sin canas a los años más avanzados de la vida.

Balzac sostiene que toda mujer que se bañe diariamente en agua helada, que duerma en una cama muy dura con colchones de pelote y almohadas de badana, que coma muy poco y nada más que fiambres, que no beba sino agua y que combine todos sus movimientos para evitar la fatiga, puede llegar a los cincuenta años con toda la frescura y la belleza de la juventud, si es que no ha sucumbido antes a los rigores de un régimen más duro que una regla monástica.

La perfumería moderna ha inventado cosméticos admirables, y todo esto hace que un período de veinte años pueda influir menos, siquiera aparentemente, en la vida de una mujer que en la vida de un pueblo.

La señora Ristori expresa hoy, como en la lejana época en que estuvo por primera vez en Madrid, las vehementes pasiones de Medea; el cruel suplicio de la desdichada Estuardo; el frío egoísmo y la desmedida ambición de Isabel de Inglaterra; las alegrías de la activa María Antonieta de Trianon y de Versalles, y los dolores y las angustias de la mártir del Temple y de la Conserjería.

Como entonces, sabe conmovier los corazones, llenar de lágrimas los ojos y embargar el ánimo, uniéndolo a los destinos del personaje que representa.

Si esto es así, ¿por qué al prodigarle nuestros aplausos no hemos de aprovechar la ocasión que nos presenta de olvidar que el tiempo pasa, dejando sobre todo su destructura huella?

En el Español asistimos con la representación de *Grandes humanas* a algo parecido a la fábula de Icaro.

El Sr. Cavestany cayó de la prodigiosa altura a que se había elevado con su primer drama; pero en su misma caída demostró que aún le quedan alas, y confiamos en que aprovechando la lección recibida, volverá a conquistar su puesto.

Elementos tiene para ello, y el porvenir que se le presentaba brillante no se ha oscurecido por el poco lisonjero éxito de su segundo drama.

Si Homero, según nos dice Horacio, dormía alguna vez, ¿cómo un joven no había de estar en el agradable ensueño de ventura que el éxito de su primer drama le produjo?

El autor del *Esclavo de su culpa*, y aún el de *Grandes humanas*, es un autor dramático. ¿Cuáles son sus principales defectos? Juventud é inexperiencia, y de éstos por desdicha, cura el tiempo.

Rafael Calvo nos ha demostrado sus condiciones de actor de primer orden en la interpretación del papel de Yorika en el *Drama nuevo*; cómico en el primer acto, dramático en el segundo, trágico en el desenlace del tercero, el Sr. Calvo, que no tiene en esta obra las ventajas que a su brillante declamación proporciona el verso, ha demostrado cuánto puede su ingenio.

La señorita Mendoza Tenorio lucha con grandes dificultades en sus papeles de primera dama; pero no sucumbe, y la resistencia en muchas ocasiones es casi un triunfo, triunfo que le alcanza completo en las de dama joven.

En los días diez y doce del próximo Noviembre se verificarán en Madrid carreras de caballos.

El Duque de Fernan Nuñez, el Conde de la Corzana y otros individuos de la aristocracia, han traído de Inglaterra yeguas que prometen grandes resultados.

Las carreras de la pasada primavera acusaron algún progreso comparadas con las primeras que tuvieron lugar en Enero, y mucho celebraremos que las próximas sigan la constante ley del perfeccionamiento.

Evidentemente es un hecho que la afición al *sport* se va extendiendo en España, y esto puede ser, ó mejor dicho, es interesante bajo el punto de vista de los intereses materiales.

Las últimas palabras de esta crónica la reclaman dos distinguidas viajeras que animaron con su presencia algunos círculos aristocráticos en la pasada quincena.

Son: Mad. Savary, la esposa del secretario de la Presidencia del Consejo de Ministros en la República francesa, y la linda hermana del Duque de Stclair.

La primera acompaña a Argelia a su esposo, que va por encargo de su Gobierno a examinar el proceso que se ha

segundo contra un periódico, y la segunda, después de haber visitado la Exposición de París, descansará en sus posesiones de Extremadura antes de ir á Sevilla, de cuya sociedad elegante es uno de los mejores ornamentos.

Mad. Savary es el tipo exacto de la distinción y elegancia de la dama francesa, y puede tenerse por una dicha haberla conocido.

Tanta admiración como nos causó su distinción, nos produjo envidia la misión oficial que su esposo lleva á Argelia; pero si podemos celebrar la primera, no es lícito aquí hablar de la segunda.

Terminemos, pues, estas líneas bajo la impresión de estos distintos sentimientos.

LA KASAB.

TIRO DE PICHON DE MADRID.

Tirada ordinaria del día 27 de Setiembre de 1878, á las cuatro y media de la tarde.

1.^a Piña.—Cada tirador á su distancia: en 5 pichones, 3 tiradores.

Sr. Duque de Huéscar.—4/4. G., á 26 metros.

2.^a Piña.—Cada uno á su distancia: en 5 pichones, 4 tiradores.

Sr. Duque de Huéscar.—4/4. G., á 27 metros.

3.^a Piña.—Lo mismo que la anterior.

Sr. Duque de Huéscar.—10110—1. G., á 28 metros.

Sr. Conde de Gomar.—01110—0, á 26 metros.

4.^a Match.—En tres pichones.

Sr. Duque de Huéscar.—011. G., á 29 metros.

Sr. Conde de la Corzana.—100, á 25 metros.

5.^a Match.—Igual al anterior.

Sr. Duque de Huéscar.—101000 á 30 metros: partido.

Sr. Conde de la Corzana.—011000 á 25 metros.

Tomó también parte en estas piñas el Sr. D. Rafael de Imaz.

La tirada terminó á las seis.

Tirada ordinaria del día 4 de Octubre de 1878, á las cuatro de la tarde.

1.^o Match.—En 7 pichones.

Sr. Conde de la Corzana.—1100111. G., á 25 metros.

Sr. Marqués de Ahumada.—1101001, á 26 metros.

2.^a Piña.—En 5 pichones: cada tirador á su distancia, 5 tiradores.

Sr. Marqués de Ahumada.—5/5. G., á 26 metros.

3.^a Piña.—Igual á la anterior: 6 tiradores.

Sr. Conde de Gomar.—4/5. G., á 26 metros.

4.^a Piña.—Lo mismo que las anteriores.

Sr. Conde de Gomar.—3/5. G., á 27 metros.

5.^a Piña.—En 3 pichones, cada uno á su distancia, 4 tiradores.

Sr. Marqués de Ahumada.—101—111. G., á 27 metros.

Sr. Conde de la Corzana.—101—110, á 26 metros.

6.^a Piña.—En un pichon, cada tirador á su distancia, 3 tiradores.

Sr. Marqués de Ahumada.—1—11. G., á 28 metros.

Sr. Duque de Huéscar.—1—10, á 26 metros.

7.^a Piña.—En una carambola, 22 metros, 3 tiradores.

Sr. Conde de la Corzana.—00—11. G.

Sr. Marqués de Ahumada.—10—10.

Sr. Duque de Huéscar.—00—10.

8.^a Piña.—En un pichon, cada uno á su distancia, 3 tiradores.

Sr. Marqués de Ahumada.—1—111. G., á 29 metros.

Sr. Duque de Huéscar.—1—110, á 26 metros.

Tomaron también parte en estas piñas, además de los citados, el Sr. Duque de Alba y D. Scipion Morillo.

La tirada terminó á las seis.

AVELINO.

Tirada ordinaria del día 11 de Octubre de 1878, á las cuatro de la tarde.

1.^o Match.—En 4 pichones.

Sr. Conde de la Corzana.—1111.—G., á 25 metros.

Sr. Marqués de Ahumada.—1011, á 26 metros.

2.^a Piña.—En 5 pichones: cada tirador á su distancia, 4 tiradores.

Sr. Marqués de Ahumada.—11111—01. G., á 26 metros.

Sr. Conde de la Corzana.—11111—00, á 26 metros.

3.^a Piña.—Igual á la anterior.

Sr. Duque de Huéscar: 4/4.—G., á 26 metros.

4.^a Piña.—Lo mismo que la anterior.

Sr. Marqués de Ahumada: 5/5.—G., á 27 metros.

5.^a Piña.—En una carambola: á 22 metros, 4 tiradores.

Sr. Marqués de Ahumada.—12. G.

Sr. Conde de Gomar.—10.

Sr. Duque de Huéscar.—10.

Sr. Conde de la Corzana.—10.

6.^a Piña.—En 5 pichones: cada uno á su distancia, 4 tiradores.

Sr. Conde de Gomar: 5/5.—G., á 26 metros.

7.^a Piña.—En 1 pichon: cada tirador á su distancia, 4 tiradores.

Sr. Conde de la Corzana.—1—111. G., á 26 metros.

Sr. Duque de Huéscar.—1—110, á 27 metros.

Sr. Conde de Gomar.—1—110, á 27 metros.

8.^a Piña.—Igual á la anterior: 3 tiradores.

Sr. Duque de Huéscar: 2/2.—G., á 27 metros.

9.^o Match.—En una carambola, á 22 metros.

Sr. Marqués de Ahumada.—00—10—12. G.

Sr. Conde de la Corzana.—00—01—00.

Tomó también parte en estas piñas el señor Duque de Alba.

La tirada terminó á las seis.

AVELINO.

MERCADO DE MADRID.

El precio de la carne ha fluctuado en la última quincena de 14 á 14,50 pesetas arroba. El pan de dos libras, de 42 á 46 céntimos de peseta. El carbon, á 1,75 pesetas arroba. El aceite, de 17 á 18,50 pesetas arroba. El vino, de 6,50 á 10 pesetas. El trigo, de 13,51 á 13,56 fanega. Y la cebada, de 7,85 á 7,87 fanega.

CUADRADO DE PALABRAS.

Solucion del cuadrado del número anterior.

I.
M a r a t
a p o l o
r o g a r
a l a d o
t o r o s

Para dar la solución en el próximo número.

I.

- 1.^o Romano célebre por sus virtudes, por su valor y por sus obras.
- 2.^o Plato que no falta en la mesa de los ingleses.
- 3.^o Verbo que explica una acción, cuyos efectos se perciben por uno de los cinco sentidos.
- 4.^o Ciudad de Rusia.
- 5.^o Parte que sirve para amarrar los cables á los barcos.

PROPIETARIO.

D. J. Luis Albareda.

Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Ariban y C.
(sucesores de Rivadeneyra),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.

ANUNCIOS.

FERRO-CARRILES DE MADRID Á ZARAGOZA Y Á ALICANTE.

SERVICIO DE TRENES.

Líneas de Alicante, Valencia y Cartagena.

	MIXTO.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.
Madrid, salida...	7.00 m.	9.00 m.	6.30 t.	7.50 n.
Toledo, llegada...	10.15 m.		9.45 n.	
Alicante, llegada...		5.25 m.		10.45 m.
Valencia, llegada...		8.40 m.		11.29 m.
Cartagena, llegada...		9.00 m.		1.35 t.

	MIXTO.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.
Cartagena, salida...		4.30 t.		12.45 t.
Valencia, salida...		5.30 t.		2.55 t.
Alicante, salida...		8.20 n.		4.20 t.
Toledo, salida...	7.12 m.		5.00 t.	
Madrid, llegada...	10.27 m.	6.15 t.	8.40 n.	8.30 m.

Líneas de Andalucía, Extremadura y Portugal.

	MIXTO.	CORREO.
Madrid, salida...	7.00 m.	9.00 n.
Córdoba, llegada...	2.33 n.	12.41 t.
Granada, llegada...	4.00 t.	10.39 n.
Málaga, llegada...	11.44 m.	8.30 n.
Sevilla, llegada...	8.35 m.	5.48 t.
Cádiz...		10.30 n.
Ciudad-Real, llegada...	5.28 t.	6.04 m.
Badajoz, llegada...	11.10 m.	5.33 t.
Lisboa, llegada...		5.35 m.

	MIXTO.	CORREO.
Lisboa, salida...		8.00 n.
Badajoz, salida...	3.30 t.	8.15 m.
Ciudad-Real, salida...	10.05 m.	8.45 n.
Cádiz, salida...		5.15 m.
Sevilla, salida...	6.25 t.	10.00 m.
Málaga, salida...	4.00 t.	7.15 m.
Granada, salida...	11.30 m.	5.00 m.
Córdoba, salida...	12.50 n.	2.23 t.
Madrid, llegada...	8.40 n.	6.05 m.

Líneas de Zaragoza, Barcelona, Navarra y Bilbao hasta Logroño.

	MIXTO.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.
Madrid, salida...	7.05 m.	11.00 m.	4.35 t.	7.45 n.
Guadalajara, llegada...	9.20 m.	1.10 t.	6.45 t.	9.23 n.
Zaragoza, llegada...	8.45 n.			6.10 m.
Barcelona, llegada...		Domingos		8.00 n.
Pamplona, llegada...		y días		12.41 t.
Logroño, llegada...		festivos.		10.45 n.

	MIXTO.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.
Logroño, salida...			Domingos	4.28 t.
Pamplona, salida...			y días	2.00 t.
Barcelona, salida...			festivos.	7.00 m.
Zaragoza, salida...	6.50 m.			9.25 n.
Guadalajara, salida...	7.54 n.	7.40 m.	5.10 t.	6.35 m.
Madrid, llegada...	10.04 n.	9.55 n.	7.25 n.	8.26 m.

La m, significa mañana; la t, tarde y la n, noche.

Los trenes correos sólo llevan, por regla general, coches de 1.^a y 2.^a clase: los mixtos llevan coches de 1.^a, 2.^a y 3.^a clase.

GUANO NATURAL DEL PERÚ.

Dirigirse á D. José Eusebio Rochelt.

BILBAO.

VINOS DE BURDEOS.

Médoc, Chateau-Laffite, Latour, Margaux, Saint-Emilion de las mejores marcas; Cognac, Fine Champagne.-Licores de Burdeos, á precios equitativos.

Se sirven pedidos desde cajas de 25 botellas en los vinos y 12 en los licores.

Para hacer pedidos y más pormenores de precios, etc., dirigirse á la Administración de este periódico, Villanueva, 6, principal.

CALIRHOE.

NOVELA ORIGINAL

DE MAURICIO SAND.

Calirhoe, precioso libro que consta de 482 páginas de compacta lectura, es una de las más bellas producciones del espiritual escritor Mauricio Sand. Considerable número de ediciones francesas responden del agrado con que el público la ha acogido.

Se vende en las principales librerías al precio de cuatro reales. Para los suscritores de EL CAMPO, Los Debates y La Revista de España cuesta tres reales. Aquellos de nuestros abonados que deseen adquirir tan interesante novela, dirigirán un aviso á esta Administración y se les remitirá, incluyéndoseles su importe en el recibo del primer mes si es que no prefieren acompañarle á la petición.